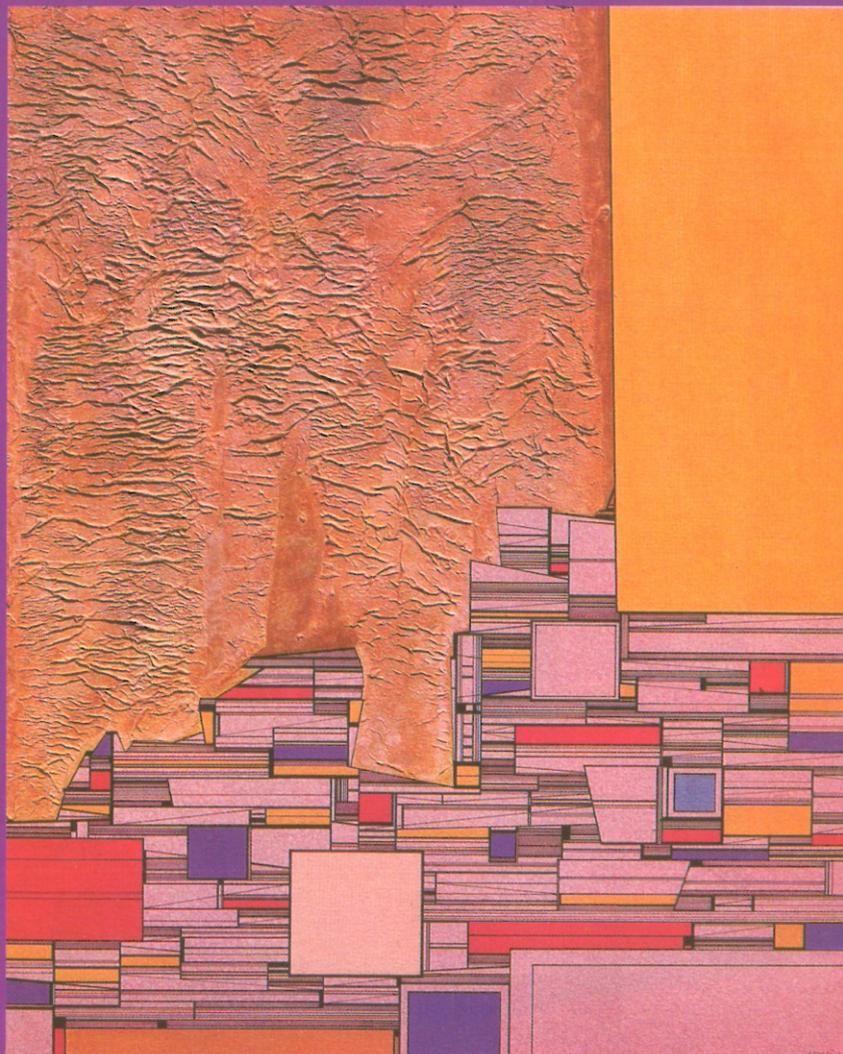


EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 128 Editorial

JULIO-AGOSTO DE 2007



El arte epistolar

Pedro Salinas, Alfonso Reyes y Martha Elena Venier

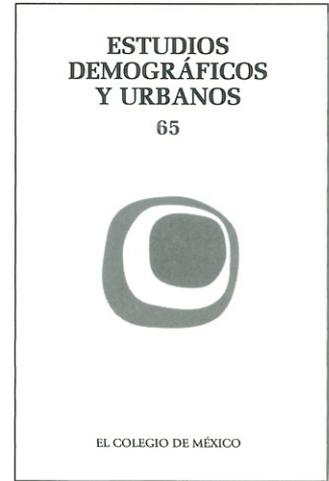
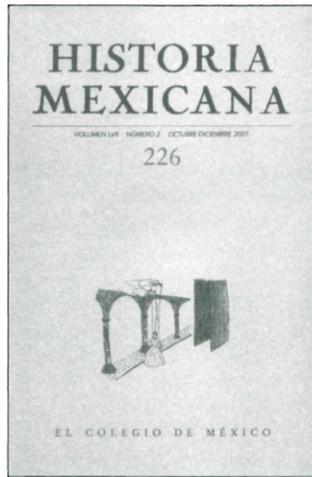
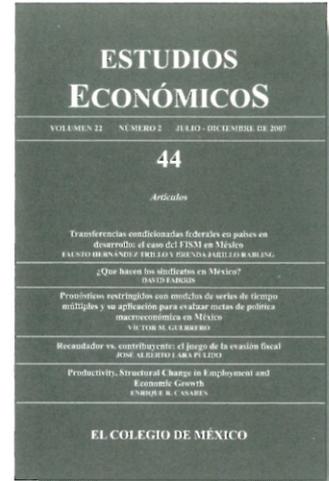
Reflexiones sobre la educación

Pablo Latapí Sarre

De La Casa de España a El Colegio de México

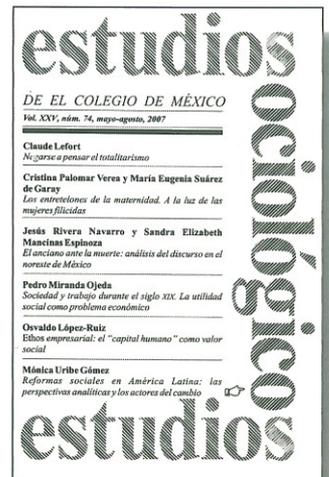
Javier Garciadiego Dantan

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx



ÍNDICE

Reflexiones finales
■ *Pablo Latapí Sarre* ■ 3

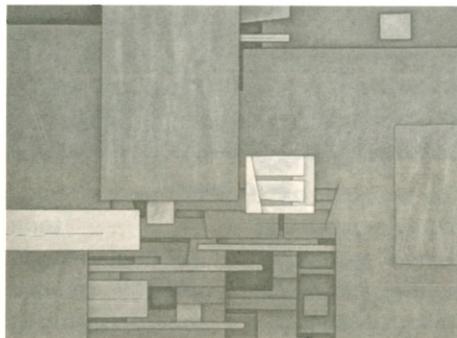
Cartas
■ *Pedro Salinas* ■ 5

El defensor (fragmento)
■ *Pedro Salinas* ■ 11

Literatura epistolar
■ *Alfonso Reyes* ■ 17

“...desta vuestra amistad, que en tanto tengo...”
■ *Martha Elena Venier* ■ 23

De La Casa de España a El Colegio de México
■ *Javier Garciadiego* ■ 29



Pinturas de Gunther Gerzo

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente JAVIER GARCADIIEGO DANTAN ■ Secretario general MANUEL ORDORICA ■ Coordinador general académico JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo ÁLVARO BAILLET ■ Director de publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ Coordinador de producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de promoción y ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 128, JULIO-AGOSTO DE 2007

Diagramación y formación, IRMA MARTÍNEZ HIDALGO ■

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.



Pablo Latapi

PABLO LATAPÍ SARRE

Reflexiones finales*

Dr. Javier Garciadiego
Distinguidos miembros del presidium
Señoras y señores

Agradezco a las autoridades de El Colegio el haberme invitado a participar en este interesante diálogo académico y el honor de decir algunas palabras en su clausura.

Se esperan de mí algunas “reflexiones finales”; opino que las mejores reflexiones finales serán las que cada uno de ustedes recoja de las diversas exposiciones. Por mi parte, me limitaré a unas breves consideraciones de carácter general, que se referirán no sólo a la educación superior sino al conjunto del sistema educativo.

Mientras escuchaba las diversas intervenciones, regresaba a mi mente el lema “*Semina motum*” que comenté esta mañana al recibir el “reconocimiento” de El Colegio. Ese lema significa “sembrar inquietudes, impulsar cambios, trabajar por un futuro distinto y mejor...”. Estas ideas iban y venían en mi mente y se cruzaban también con el tema de este seminario “La educación que tenemos y la que requerimos”; me preguntaba yo si este enunciado no debiera haber añadido a la “educación que tenemos y la que requerimos” también “la que deseamos”.

Por esto mi primera reflexión es que, al pensar la educación, no podemos prescindir de los horizontes utópicos. El pensamiento utópico, en los ejercicios prospectivos, es un recurso indispensable porque hace resplandecer los valores esenciales en toda su pureza, y esto es particularmente importante en momentos de desconcierto y confusión como los que vivimos en el México actual.

Tenemos necesidad de “visiones desiderativas” (como las llamaba Giordano Bruno en el Renacimiento). Sin el recurso a la utopía y a los anhelos conscientes e inconscientes que laten en nuestro interior, no se explican los

logros de nuestra especie: ni la historia de las ideas ni el avance de las ciencias ni el desarrollo de la técnica. La utopía es el motor que ha impulsado las artes con todas sus audacias, los descubrimientos geográficos, y ahora la exploración del espacio. El hombre sin deseo no sería hombre; y la educación sin utopías es simplemente inconcebible.

Yo sugeriría a quienes ocupan posiciones de responsabilidad sobre la educación cuestionarse permanentemente los límites que nos hemos autoimpuesto en nuestras concepciones educativas, y explorar tenazmente posibilidades distintas, más ambiciosas. La medida de la vitalidad de una Secretaría de Educación –o también de una Universidad– sería el número y calidad de “proyectos radicales”, heterodoxos, que alienta y emprende; ellos son vías eficaces para romper tradiciones viciadas y abrir nuevos horizontes.

Concluyo, por tanto, esta primera reflexión afirmando que no es posible decidir sobre la educación del presente sin recurrir a la fuerza del deseo y a las utopías que el deseo genera.

En el resto de mi intervención voy a comentar tres frases que me gustaría grabar en las oficinas de las secretarías de Educación, federal y estatales, para que los funcionarios las tuviesen siempre ante los ojos.

La primera sería: “*Este es un ministerio del pensamiento*”, pues son estas secretarías los lugares –los únicos lugares en los organigramas gubernamentales– donde se puede y se debe pensar sobre el futuro de México como proyecto colectivo, como espacio de realización histórica para millones de seres humanos, y donde se puede perseguir la tarea de hacer mejores a las siguientes generaciones.

La política educativa no es una entre otras políticas públicas, comparable a las del sector energético, las obras

* Palabras leídas el jueves 23 de agosto en el auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México en el marco de la sesión “La educación que tenemos y la que requerimos”, en la cual se entregaron reconocimientos a Juan Ramón de la Fuente y a Pablo Latapí.



materiales o el desarrollo económico: su objeto es el desarrollo de las siguientes generaciones, y esto le da rango especial y preeminente. Ella no se reduce a regular la extensión y calidad de los servicios de enseñanza ni a normar el acceso al conocimiento de los diversos grupos sociales; ni siquiera a garantizar la dotación de recursos humanos que requiere la economía en el largo plazo; más allá de estas funciones, la política educativa es un necesario ejercicio de filosofía.

Su objeto son los aprendizajes futuros, los posibles y los deseables, de una sociedad determinada. Sus referentes indispensables son las capacidades humanas futuras y el proyecto de esa sociedad, en nuestro caso, la “idea de México” en el largo plazo. Por esto las secretarías de Educación son “ministerios del pensamiento”. Esto no significa que deban convertirse en universidades, pero sí que debieran consolidar núcleos de talento cualificado, inteligencias que estén en contacto con todas las áreas científicas que se adentran en los aprendizajes humanos, y en particular con la investigación educativa que explora y experimenta nuevas maneras de aprender.

La importancia excepcional de la educación para el futuro de una sociedad ha llevado a algunos países a plantearse la conveniencia de establecer un órgano de Estado (por arriba de los gobiernos que pasan), una especie de “poder educativo autónomo” (por arriba de los poderes

Ejecutivo, Legislativo y Judicial), que se responsabilice de establecer políticas de largo plazo sobre la educación; esta propuesta se debatió hace treinta años en los organismos que diseñaron la Unión Europea;¹ y aunque ese “poder educativo autónomo” no se haya concretado todavía en un órgano de Estado, sí se han ido estableciendo instancias de decisión —en el Parlamento Europeo o en organismos internacionales como la OCDE— en los que se han acordado políticas de educación pan-europeas y a largo plazo, a las que se ajustan los gobiernos de todos los países europeos.

No entro a la discusión de cómo debiéramos en México asegurar la vigencia de “políticas de Estado” en materia educativa, por arriba de las políticas sexenales; sólo señalo que la Secretaría de Educación debiera ir fortaleciendo, en colaboración con el Congreso de la Unión y con algunas instituciones académicas especializadas, espacios de consenso en los que se vaya asegurando, por vías informales, la necesaria continuidad de las orientaciones de la educación nacional en el largo plazo. Así iría madurando ese “poder educativo autónomo”, ahora informal e incipiente, hasta el día en que pueda encarnarse en un órgano institucional adecuado, sancionado por nuestro marco constitucional.

La segunda frase que quisiera grabar en las secretarías de Educación es de Einstein y dice: “*La locura* (“insanity”, dice él en inglés) *es seguir haciendo lo mismo una y otra vez, y esperar obtener resultados diferentes*”². Sería una advertencia de que, por simple sentido común, hay que cambiar lo que no funciona; y en nuestro sistema educativo son muchas las cosas que no funcionan o funcionan mal.

La frase pretendería incitar a los funcionarios a concebir el sistema educativo, en su operación cotidiana, como un inmenso laboratorio, abierto a múltiples posibilidades de innovación. Una tarea importante de las autoridades sería la de identificar a los maestros creativos, también a los que rompen las normas por probar una hipótesis en la que creen, y alentar sus esfuerzos.

Y la tercera sería una frase del poeta Sábines: “*La eternidad se nos acaba*”. La frase recordaría a los responsables de la educación que la eternidad se vuelve finita y se consume y agota en cada niño que se queda sin escuela, en cada generación perdida, en el desperdicio irreversible del tiempo, recurso no renovable. Les recordaría que el tiempo es el principal activo con que contamos las personas y las sociedades.

Estas son mis reflexiones finales.

¹ Fondation Européenne de la Culture, *L'éducation créatrice*, Bruselas, Elsevier-Sequoia, 1975.

² “Insanity: doing the same thing again and again and expecting different results”.

PEDRO SALINAS*

Cartas

A Solita y Jaime Salinas

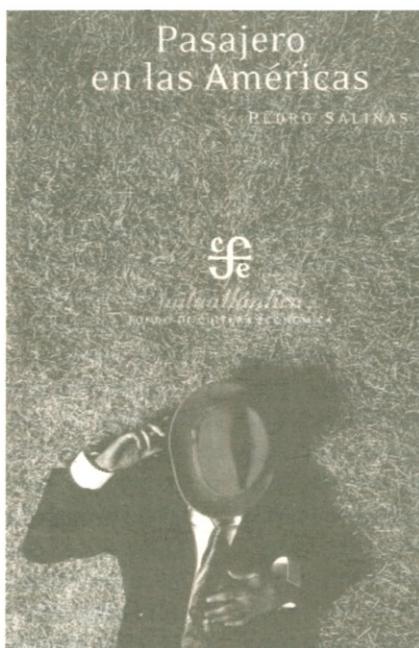
San Francisco, 5 de agosto [1939]

Amados Solita y Jaime, o Jaime y Solita (que de ambas maneras puede decirse, dado lo ilustre de vuestras señorías):

He recibido sendas epístolas con señalado placer, y las he leído con *delectación*. Veo que os dedicáis a la cultura intensiva con verdadero provecho. Las efigies que me mandas, Sol, de su insigne persona parecen menos birriescas que de costumbre. O quizá sea la idealización que la distancia produce en el amor paternal.

Yo he pasado varios días en San Francisco. Es una ciudad que se las trae. La Exposición, que he visitado, no vale gran cosa, y tira al camelo. Lo mejor es el Pabellón de arte, donde hay varios cuadros traídos de Italia, entre ellos el Nacimiento de Venus, de Botticelli, que os gustaría. Fuera de eso lo más notable es una grúa de dos brazos, a cuyos extremos hay dos jaulas en forma de huevo, donde se mete la gente, para ser elevada a una altura considerable y ver el panorama desde allí. Yo, naturalmente, dada mi afición incurable a las alturas, subí. El efecto es de estar dentro de la jaula de un grillo. Si me ponen un poco de lechuga empiezo a hacer cri-cri. La jaula da vueltas en el aire y al llegar arriba se para y está uno un rato suspendido, con la sensación de prisión aérea más estupenda.

En la Universidad de Berkeley (donde hay la tontería de 12 000 estudiantes) vi otra curiosidad americana, sin par. Es un pequeño quiosco, que a primera vista no se sabe para qué sirve. Es una fuente de tinta. Tiene varios



recipientes llenos de tinta, y luego una tiras de paño blanco, saliendo como toallas de unas cajas. Allí van los estudiantes a llenar sus estilográficas gratis. No he visto semejante cosa en el mundo. Había oído hablar de la Fontaine de Jouvence, de la Fuente de las Musas, de la Fuente del Olvido, etc., pero confieso que no se me había ocurrido que pudiera existir una fuente para plumas estilográficas. ¡Viva América!

La ciudad es hermosa con una bahía cuya vista os enseñará mamá y los puentes más fabulosos del mundo. Está situada en una serie de colinas, con unas cuevas espantosas. Lo más divertido son unos tranvías antiguos, de cremallera. Como ciertas calles son tan *pinas*, en vez del tranvía ordinario hay lo que lla-

man el *cable car*, que no tiene *trolley*, y se mueve por un cable subterráneo, con el que engrana una rueda. Los coches son pintorescos, con unos bancos, abiertos, mirando a los lados. Andan con un ruido terrible, y a una velocidad de tortuga, pero son deliciosos. Os mando una foto para que os deis idea de esos vehículos arcaicos. Las comunicaciones son muy variadas. Por la bahía cruzan constantemente *ferry boats*, donde cabe todo, autos, personas o lo que se tercié. Y además hay los tranvías que pasan por encima de los puentes gigantescos, sobre el mar y por el aire.

Hay un barrio chino, lleno de tiendas donde venden artículos de aquel país, de restaurantes, etc. He comido en un restaurante chino, cosas incógnitas y deliciosas. Las tiendas más pintorescas son las de herbolarios: venden caballitos de mar, y lagartos secos, que tienen un aspecto precioso, y que esta gente come, por lo visto. Hay

* Salinas, Pedro, *Pasajero de las Américas*, México, FCE, 2007.

hierbas para toda clase de enfermedades. Las tiendas de ultramarinos son aterradoras. Por fortuna las vi después de comer. Si no, no como. Hay también un barrio español, o sea hispanoamericano. En él me encontré con una librería que responde al bonito título de “La Moderna Poesía”, aunque nada hay que lo justifique, porque no hay un solo libro de poesía moderna. Pero en cambio hay discos y tengo el honor de comunicaros que he adquirido “Pichi”, otro chotis, y dos pasodobles, a más de algunos trozos de “La Verbena de la Paloma”, con los cuales espero que epatemos a Wellesley el próximo curso académico.

Esta noche salgo para Los Ángeles, y de allí mañana por la noche, a México, tres días de tren. Sed buenos, amaos los unos a los otros (como dice Don José —os explicará la frase Don Jorge) y escribidme copiosamente. Ah, estáis autorizados a ir a Nueva York, pero si lo hacéis cuidad de que mamá no se quede sola, y no os canséis mucho en la Exposición que es horrible. De hotel os aconsejo el Lincoln que no es muy caro y está cerca de Pennsylvania Station donde se toman los trenes para ir a la Exposición. Todo eso, claro, si a mamá la parece bien y lo aprueba.

Os ama y abraza

Papá

A MARGARITA BONMATÍ

[Membrete: Hotel Imperial/Guadalajara, Jalisco, México]

Viernes 10 [agosto de 1939]¹

Sólo unas líneas hoy, mi Marg, para darte cuenta de mi llegada. Estoy deshecho. El viaje fue horriblemente cansado. Las cosas fueron de mal en peor, en el tren. El agua del lavabo sucia, daba asco lavarse. Todo lleno por una turbamulta de chiquillos, que parecían salir de debajo de los asientos. Esa paz y esa libertad de los trenes americanos, pasó a un sueño. En el restaurante el servicio malo y lento. En suma, el retorno a lo hispánico, a la raza. Lo más desdichado es que el tren se retrasó enormemente. Me recordaba los tranvías de Sevilla: “¡Que se le ha caído un tornillo! ¡Que la máquina no tiene fuerza! ¡Que lleva mucho peso!” Total, en vez de llegar a Guadalajara, el miércoles a las cuatro y media llegamos a las doce de la

¹ Daniel Cosío Villegas, que sería más tarde director de la editorial Fondo de Cultura Económica, escribió a P. S. el 1 de febrero de 1939 con la propuesta de programa para el viaje a México en 1939: Guadalajara, 1-2 semanas. 5 conferencias + 4 sesiones de público reducido; Guanajuato o Morelia 1 semana; en México la obra literaria estudiada como índice de “La actitud vital de una época”, para minorías y para público general: “La primacía de los valores poéticos”.

noche. El único hotel decente estaba lleno y he tenido que dormir en un fonducho asqueroso. Pero ahora acabo de recibir una grata noticia: Mi baúl, con toda la ropa y las notas para mis conferencias, ha considerado más prudente ir a México, en vez de quedarse en Guadalajara. De modo que no tengo ropa qué ponerme, y no sé cómo daré mis conferencias. Me lanzo a la estación, a intentar arreglarlo y que lo pesquen por el camino. Además estoy decidido a buscar otro hotel.

No tengo ánimo para hablarte de nada tranquilo hoy, mi Marg. La ciudad parece muy bonita, pero estoy preso entre estas menudencias que sabes me perturban mucho. Voy a eliminarlas hoy, si puedo y a recobrar mi paz mañana. ¡Ah! Mi primera conferencia estaba anunciada para anoche, a las nueve y como el tren llegó tarde hubo que suspenderla. Empiezo hoy. Ya te contaré.

¿Dónde estáis? Sigo escribiendo a Middlebury, para que de allí te reexpidan la carta. Creo mejor eso que no enviarla a Wellesley, hasta tener noticias tuyas. Espero que me lleguen mañana. Estoy impaciente.

Os abraza el viajero desdichado, pero contento, *malgré tout*.

Pedro

[Guadalajara] Viernes 11 de agosto [1939]

¿Dónde estáis? Sigo sin cartas. Acostumbrado a la regularidad de tus noticias en Los Ángeles me siento como un poco desconcertado. Y espero.

Ya empiezo a entrar en Guadalajara. Lo primero a que necesito hacerme es a su nombre. ¡Qué cosa tan rara son los nombres! Figúrate tú que el nombre ese es para mí familiar, desde mi infancia. Mi tía Manuela vivía en la provincia de Guadalajara, y sus hijos en la capital. De modo que para mí Guadalajara tiene una significación definida, unida a su nombre, inseparable. Es una ciudad castellana, pobre, sucia, triste, sin nada notable, menos el palacio del Infantado, hoy derruido por las bombas. Estuve en ella una vez, y me produjo una impresión penosa, de provincialismo pequeño y agobiador. Por eso aquí, al encontrarme con una ciudad que no se parece nada a aquella, siento en mí una lucha contra el nombre, porque necesito meter en él algo que no cabe. Hay que vaciar estas sílabas —Guadalajara— de recuerdos viejos, de casas pardas, de ambiente sórdido, y luego llenarlas con casas claras, atmósfera alegre y sencilla, o impresiones nuevas. Es una operación proustiana, y me dan ganas de escribir algo sobre ese proceso de convertir un nombre de una realidad en otra realidad. Porque lo cierto es que esta Guadalajara, está vibrando de reminiscencias andaluzas, y en parte sevillanas. Muchas casas con rejas, hasta el suelo,

bastantes aun con zaguán y cancela y al fondo un patio, al modo sevillano. Las calles no son tortuosas, ni curvas, eso no. Pero sí tienen el color de las calles sevillanas, esa polí-cromía de una casa azul, junto a una blanca y luego una verde. Desde la ventana de mi hotel, ahora mismo, escribiéndote, no tengo más que levantar la mirada del papel y veo el caserío, todo plano, con azoteas, como en Sevilla y torres y espadañas de iglesias. Y empieza México a operar sobre mí esa influencia espiritual deliciosa de recordar lo visto y no visto, de volver a ver lo que nunca vi, y sin embargo me parece haber visto. Te aseguro, Marg, que no es una admiración pintoresca lo que siento por estas ciudades mexicanas, no. No admiro los edificios, ni el carácter de las cosas o los tipos, aunque ello entra también en mis sentimientos; es otra cosa. Es que México crea en mí un estado especial, que no se parece a lo que sentiría en España, ni en América, claro. Me gusta México porque me trae al alma una serie de sensaciones e ideas sutiles y singulares, de ayer y de hoy, de realidad y recuerdo. Tocan a mí estas ciudades una cuerda que sólo lo mexicano ha tocado, hasta hoy. Y lo aprecio mucho más, teniendo a España cerrada. No acepto a México íntegramente, ni mucho menos. Hay aquí cosas incomprensibles para mí, ajenas y hasta extrañas a mi sensibilidad (todas esas que a ti te repelen y te hacen tener tan mala idea de esta nación), pero yo me paseo por México como por un jardín o museo, mitad del pasado, mitad del presente, donde cojo aquí una cosa y allí otra, que no encuentro en otras partes. Pasado en el presente, o presente en lo pasado, eso es mi impresión mexicana. El porvenir no existe aquí, para mí. Así como en América, toda te está hablando del mañana todo está tendido, como un caballo galopante, hacia el futuro, en México no hay más que dos tiempos, curiosamente entremezclados en mi sensibilidad. Y eso es un gran reposo del alma. Nada surge, nada aprieta, se puede uno entregar a una especie de contemplación actual y retrospectiva, a la vez. Y aún es mejor ese estado de ánimo porque no recuerda nada definido: como no he vivido aquí lo que veo no me recuerda cosas precisas, exactas, que uno podría echar de menos. Es un recordar en el aire, sin filo ni punta, que no hiere, porque en realidad es un recordar imaginativo y no real, ya que se recuerda lo que no se ha visto. Y en esta ciudad tranquila y clara, aún se acentúa la sensación. Ves, pues que pasada mi primera mañana de fastidio por las mexicanadas del tren, del baúl, etc., empiezo a recobrar el uso de mi alma.

Y por suerte aquí no hay españoles, ni guerra civil representada en refugiados. Eso, que va a ser lo más desagradable de México este año para mí, no ha llegado a este rincón. Puedo pues gozar con paz de mí mismo sin que me salpiquen gotas de terrible veneno nacional.

Adiós, mi Marg. Te llevo conmigo, como siempre, y al pasear mi mirada sobre muchas cosas la siento densa, car-

gada, como si fueran dos, como si tú miraras conmigo, por deseo de los dos.

Pedro

A SOLITA SALINAS

[México] 1 de septiembre [1939]

Para Sol

Vástaga amada y apreciable monstruo:

(No sé si te darás cuenta de que es un endecasílabo perfecto.)

He recibido tu epístola, donde se me relatan en estilo tan abundante en superlativos como escaso en puntuación tus gestas neoyorkinas. Celebro que lo hayas pasado bien en esa capital de provincia, y que queden algunos dólares todavía en la cuenta, tan acertadamente llamada, corriente.

También yo triunfo en México. Sabrás que mientras he estado en Guadalajara y Guanajuato (viaje por orden alfabético) todo el mundo me ha llamado “maestro”. Era delicioso. “¿Cómo está usted, maestro?” “¿Le gustaría a usted, maestro, que fuéramos de excursión mañana?” Con qué delicioso eco resuenan aún en mis oídos estas apelaciones magistrales. Todo eso quiere decir que ambas ciudades saben distinguir. En Guadalajara conocí a un ser grandioso llamado Don Justo, que es especialista en el disparate barroco. Le gusta mucha hablar *fino*, empleando palabras cultas. Y te transcribo para tu regocijo, algunas de sus frases más famosas: “Cuando estuvimos en Venecia las calles estaban *abnegadas*; no se podía andar más que en *glándula*”. “Yo como más que el *goloso* de Rodas”. “Este gato es de muy buena raza; incrustado de Góngora”. (Por “cruzado de Angora”). “No vi a nadie, hice el viaje de *inérito*”. “Este viaje tuvo muchas *pericias*; fue una verdadera *odalisca*”. Como ves sólo ese hombre justifica la existencia de Guadalajara. En Guanajuato conocí a otro tipo estupendo llamado Mustafá. Ya le he contado a mamá su historia. Di que te la comunique y te regocijarás. Por lo demás las dos ciudades son una maravilla de color y pintoresco, cada una en su estilo. También estuve en Querétaro, donde he visto unos confesionarios rococós, tan bonitos, que por el momento mi ambición es comprarme un confesionario, para leer en casa. Y ayer, en una especie de rastro de aquí, vi una licorera que no me he decidido a comprar aún, pero que es un sueño. Figúrate que tiene forma de barco, de cristal blanco y dorado; en el susodicho navío hay dos botellitas panzudas de color de rosa; el barco tiene una vela de metal y el aparejo de metal. Y de los palos cuelgan por las asas, unas copitas de color de rosa. Es una delicia. Pero no me decido por lo

difícil que es de transportar. Ha aumentado mucho la colección de postales. Tengo verdaderos primores nuevos. Y los títulos de tiendas me han proporcionado descubrimientos maravillosos. En otra carta te hablaré de este capítulo.

Ahora, te ruego, te suplico, mando, ordeno, etc. que te estés quieta en casa, que duermas mucho, que comas más, que yazgas en la colchoneta largas horas, y que descanses. Vas a empezar a trabajar muy pronto y debes aprovechar estos días para el reposo absoluto, porque entre el estudio de Middlebury y el jaleo de Nueva York, no has podido descansar antes. Ya lo sabes. Si descansas y eres buena te enseñaré los preciosos tesoros mexicanos y hasta te daré alguno.

Se te abraza elegantemente.

El Maestro

Last, but not least, mis cordiales felicitaciones por las notas buenas y mi piadoso olvido por las menos buenas. El maestro está contento, y espera verte coronada de AAAAAA.²

Di a Jaime que recibí su carta del barco, y que espero una carta contándome lo que vio e hizo en Nueva York. Dale un abrazo de mi parte, si puedes rodear su gentil cintura de junco.

A JORGE GUILLÉN³

Wellesley, 26 de septiembre de 1939

Mi querido Jorge: Por fin, terminadas las peregrinaciones por el continente, vuelve uno a *lo suyo*. Es decir, la casa, la familia, la hermosa vida diaria, lo más próximo y querido. Y vuelvo, naturalmente, a escribirte.

De vosotros y de vuestro verano me ha sido hecha, si no una crónica detallada, por lo menos una serie de cuadros sueltos con los cuales reconstituyo un verano relativamente feliz para todos, un gran éxito tuyo en la Escuela y una marcha al Canadá⁴ conforme, si no alegre.

Soy yo el que tengo que dar cuenta de mis actos. Dividiremos el verano en etapa californiana y mexicana. La primera fue un poco cansada, con mucho trabajo (tres horas), pero muy feliz. California, sobre todo Los Ángeles me han seducido, por pura gracia de su luz y su origina-

lidad urbana. En mi colección de ciudades, una de mis manías, Los Ángeles está entre los primerísimos ejemplares. Tiene un aire de provisionalidad, de ciudad momentánea, hecha renuncia a toda pretensión de eterna, de definitiva, que le hace a uno asombrarse de que esté allí, al despertarse cada mañana. Y es la ciudad de más lujo espacial que conozco. Luz horizontal, derramada por todas partes, sin canalizar por avenidas altas, que dura más que en otras ciudades. De elemento humano, regular. Barja, mejor que sus libros, y personalmente muy atento conmigo. Don Américo estuvo quince días. Por cierto que hablamos de tu tesis, es decir de la tesis que está haciendo sobre ti una damisela estudiante de Wisconsin. Le he excitado a que apriete a esa señorita para que la remate pronto. No hay duda de que tratándose del bello Don Américo la apretará. El pobre salió de Los Ángeles, rumbo a Austin, Texas, para dar allí un curso de verano. Pero a los dos días de llegar me lo llevaron a un hospital, y le hicieron una operación de la vesícula biliar. Me escribió una carta apuradísima, en vísperas de la operación, y luego otra, cuando ya estaba fuera de peligro. Después nada he sabido de él. Pero me dicen que por fin se decide a quedarse en Texas, y deja Wisconsin. Di una conferencia en Berkeley. San Francisco estupendo, como ciudad pintoresca y de emplazamiento soberbio, a lo Nápoles o lo Río de Janeiro. Pero menos amable que Los Ángeles, para mí. Sin embargo, hay dos puentes en la bahía que a pesar de ser los dos mayores del mundo son los dos más hermosos del mundo por mí conocidos. En Berkeley, que está estupendamente situado, vi mucho a Schevill, y a un joven profesor que me dio la sorpresa gratísima de ser guillenista y cantiquista de los buenos, de los *hinchas*, de convicción.⁵ En suma California me dejó la impresión de un mundo nuevo, luminoso, ancho, alegre, lo cual no es poco en este planeta ensombrecido hoy día. ¡Lástima que no haya cátedras en estas tierras! Yo voy a volver el año que viene, con una misión de la que ya te hablaré y libre de toda obligación docente.

La etapa mexicana empezó muy bien.⁶ Guadalajara: nombre que le cayó encima a esta ciudad como una rifa. Porque es andaluza pura llena de resonancias sevillanas, hasta en las chicas, su modo de hablar y de mirar. Cancellas, rejas, flores y toda la guardarropía quinteriana,

⁵ Se trata de Edwin S. Morby. Cfr. carta de Salinas a Guillén, desde San Francisco, a 5-VIII-1939, Houghton Library.

⁶ "Agosto de 1939. Conferencias de Salinas en la Casa de España en México. Explicación y comentarios de grandes textos españoles: 4 conferencias. Las grandes líneas de la literatura clásica española: 5 conferencias. Lectura y comentarios de textos románticos (Espronceda). Septiembre de 1939. Pedro Salinas: Lo barroco en la literatura española del Siglo de Oro" (Anuncio en *Romance* [México], no. 1, 1 febrero 1940), P. Salinas, "Algunas soledades de las 'Soledades' de don Luis de Góngora", *Prisma* (Guadalajara), I, 25 de enero de 1940, pp. 1-4.

² Una "A" es la calificación máxima en el sistema educativo estadounidense.

³ Publicada en *Correspondencia* (1923-1951), pp. 68, 203-206.

⁴ Guillén obtuvo un puesto en la Universidad McGill de Montreal, desde el curso 1939-1940.

naturalmente. Gente deliciosa: hice muy buenos conocimientos, me acompañaron sin cesar, y vi casas preciosas, campo, pueblos, ruinas, en función de turista integral. Las conferencias muy bien. Admiradores de ambos sexos. Dos seres angélicos que han copiado a mano, ¡a mano!, “Razón de amor”. (Ah, *by the way*, en México encontré otros ejemplares manuscritos.) En fin esa clase de gloria, de *provincia en el extranjero*, que debía ser el dueño de Salvador Rueda y el objeto de desprecio de Baroja. De allí a Guanajuato. Otro devoto: un joven licenciado, que me presentó en la Universidad con un discursito hecho todo de alusiones a mis libros. La ciudad formidable, a lo Ronda o a lo Granada, y con un provincialismo neoromántico super azoriniano. Barroco en grandes cantidades. Minas de plata, que me han dado ganas de escribir una novela, puesta en el siglo XVIII, que empiece allí y acabe en Sevilla, la novela de la plata de Indias. Hablaremos. Peligroso. Pasé luego dos días en ese espléndido esdrújulo de Querétaro, rara combinación de barroco delirante y Maximiliano de Austria. Y por fin llegué a la capital. Y allí se acabó el turismo y no vi más ruinas que las numerosas de los españoles en el destierro. Emigrados por todas partes, y de toda condición, desde el científico de la Junta, al poeta moderno. Pequeña lista (incompleta por falta de memoria): Canedo, Lafora, Enzina, Salazar, Bal y Rosita, Recaséns, Gaos, Moreno Villa, Bergamín, Ugarte (con esposas), Prados, Gaya, Gil Albert, Petere, Jarnés, Ontañón, Madinaveitia, Giralt [sic], Joaquín Xirau, Carner, y... Domenchina con su pareja.⁷ Casi toda la lira. Además de los políticos, y ex embajadores, que pululan: Pedroso, Isabel Palencia, su esposo. De mexicanos, Reyes,⁸ Octavio Paz y su grupo. No he parado un momento: té, comidas, tertulias y chismes. La España emigrada está dividida en dos grandes bandos políticos:

⁷ El psiquiatra Gonzalo R. Labora (1886-1971) era desde hacía años amigo de Salinas. Ricardo Gutiérrez Abascal (“Juan de la Enzina”) (1890-1963), crítico de arte, director del Museo de Arte Moderno de Madrid. Jesús Bal y Gay (n. 1905), musicólogo, miembro del Centro de Estudios Históricos. Eduardo Ugarte, director de *La Barraca*, con García Lorca. Juan Gil Albert (n. 1906), redactor de *Hora de España* y de *Taller*, en México. José Herrera Petere (1905-1977), Premio Nacional de Literatura en 1938, redactor de *Romance*. Eduardo de Ontañón, escenógrafo, creador en México de Ediciones Xóchitl. Antonio Madinaveitia Tabuyo (n. 1890), catedrático de Química de la Universidad de Madrid. José Giral (1879-1962), catedrático de Química, Rector de la Universidad de Madrid. Presidente del Consejo del Gobierno en el exilio. Joseph Carner (1884-1970), poeta y diplomático. Juan José Domenchina (1889-1959) estaba casado con Ernestina de Champurcí.

⁸ Manuel Pedroso (1883-1956), catedrático de Derecho político en Sevilla, diputado y representante de España durante la II República. Isabel Oyarzábal de Palencia (1878-1949), escritora, presidente del Lyceum Club Femenino, delegada de España en la Sociedad de Naciones. Ceferino Palencia (n. 1882), diplomático y pintor. Alfonso Reyes (1889-1959), escritor, ensayista, poeta y diplomático mexicano, gran conocedor de lo español.

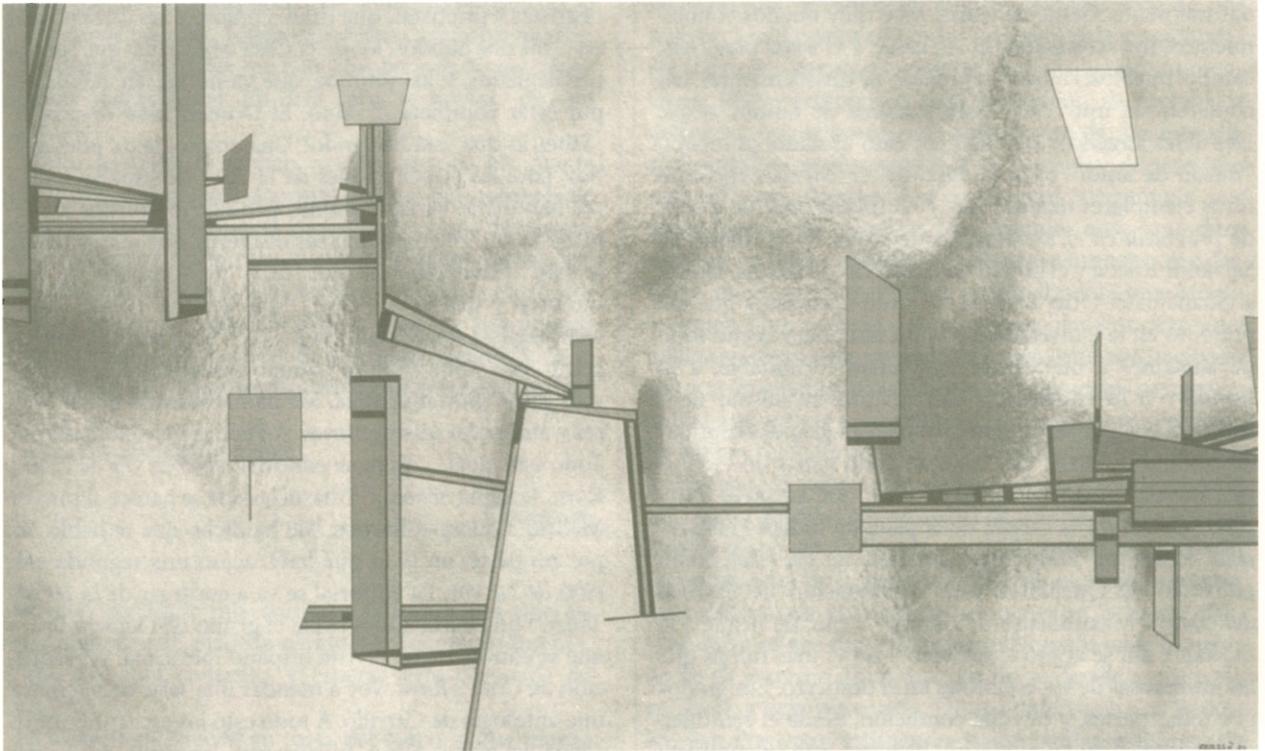
negristas y prietistas, que tiran a matar. Y los intelectuales en otros dos bandos: los de la Casa de España, que son los privilegiados, y los últimos, que ya no tienen cabida allí por estar completo el cupo. El Domenchina invariable. ¿Sabes lo que está haciendo? Una antología de poesía de hoy, para las publicaciones de la Casa de España. Según me han dicho varias personas pensaba excluirnos a Cernuda y a mí. Por desgracia los discretos, que nunca faltan, le han convencido de que debe perdonarnos la vida inmortal y nos va a incluir. ¡Qué lástima! Desde luego, cien páginas del Magnífico K.Q.X.⁹ Va a ser una juerga, como dice Solita Salinas. Canedo siempre fino y amable, y su gente muy simpática. Me ha hablado de ti con interés y afecto. Lo mismo Reyes. A Pepe le he visto bastante. Todo está igual... Ya tiene editorial. Pero en vez de *Cruz y Raya*, se llama *Séneca*.¹⁰ Y hasta la sede se parece al piso de Madrid. Quiere editarnos. Me ha dicho que te hable. Yo, por mi parte, no sé lo que haré, acaso una segunda edición de *La Voz*. La editorial se va a encargar de la revista *Taller*,¹¹ que hasta ahora hacía el grupo de Octavio Paz, y que se convertirá en revista hispano mexicana, prolongación de *Cruz y Raya*. Voy a mandar una serie de poemas y una antología de Carrillo. A todo esto los escritores mexicanos del grupo Novo, Villaurrutia, lanzando epigramas contra los españoles, sobre todo contra Bergamín, llenos de celos y envidias. Pero se han encontrado con la horma del famoso zapato, porque Pepe les ha hecho dos sonetos magistralmente quevedescos, donde el insulto llega a lo increíble. El tema se presta porque todos son Ex Illis, o jotos como se dice allí. En fin, la historia continúa. Jarnés resbaladizo, apartado de todos, metida ya la cabeza y el estilo en periódicos mexicanos en donde adula sin tasa a todos los escritores del país, cuando no exalta al Ortega remoto y siempre amado. Asistí al estreno de dos pamplinas suyas.¹² No le he visto más. Prados simpático y muy proletario. Petere divertidísimo. Gaos muy bien, muy sereno, y con gran éxito femenino en sus conferencias de Filosofía. Es decir: Bergson, París; Ortega, Buenos Aires; Gaos, México. Moreno Villa casado, muy gracioso, como extrañado, *et pour cause*, de verse así. Me ha regalado un cuadro muy gracioso que ya decora nuestro *living*

⁹ Juan Ramón Jiménez.

¹⁰ Véase D. Eisenberg, “Las publicaciones de la editorial Séneca”, *Revista de Literatura*, XLVII, 94 (1985), pp. 267-276.

¹¹ Los redactores de *Taller* fueron O. Paz, R. Solana y E. Huerta; A. Quintero Álvarez dirigió los primeros números. A partir del quinto, bajo la dirección de O. Paz, se estableció la relación con Séneca y los emigrados españoles. El secretario fue Juan Gil Albert y entre los redactores y colaboradores se contaron F. Herrera Petera, A. Sánchez Barbudo, R. Gaya y J. Rejano. Salinas colaboró en el número 8-9 (enero-febrero de 1940, pp. 73-96) con una selección de poemas de Luis Carrillo Sotomayor, basado en la edición de D. Alonso -Madrid, 1936-, Véase la reedición facsímil de *Taller*, México, 1982.

¹² Quizá se trata del “monodrama” *Cardenio*, México, 1940.



room. En conjunto el cuadro de los españoles en la inmigración (no el de Moreno) resulta pintoresco, y un poco triste. Aire de naufragio, de restos, incoherente, de agarradas a cualquier tabla, de grandezas efímeras, de nostalgias de Embajadas provisionales, de casino, de chismes, de Granja del Henar, de ilusos. ¡Qué gusto me da volver a América, a este pueblo donde nadie sabe quién es Manolo, ni Domenchina! Lo pasé bien, pero deseando que pasara, en el fondo.

Y ahora, aquí empezando el nuevo curso. Wellesley acogedor, silencioso y limpio. ¡Grandes cosas! Tengo un curso de Quijote que espero me divierta. Y mucho trabajo. Y una decisión importante que tomar, de la que te hablaré cuando esté tomada, muy pronto.¹³ No sé nada de la gente de Nueva York. Parece que entre la población flotante de esa ciudad se cuenta el Andalúz Universal, cuyos mejores amigos son los Serís.¹⁴ ¡A lo que hemos llegado!

Se sospecha, como compensación en la distancia una correspondencia larga con Domenchina, allende Río Grande.

¿Te has enterado de las muertes de Tarr, Princeton, y Crawford, Pennsylvania?¹⁵ Escribe a Onís. Hay tres grandes vacantes, esas dos y Wisconsin. ¿A quién nombrarán? Yo no sé nada absolutamente. Crawford murió hace ocho días.

Se acaba el papel; y el tiempo. Cuéntame de tu instalación íntima en ésa, y del mundo universitario. Espero impaciente. Afectos a los tres y un abrazo.

Pedro

Me he traído el gran ejemplar de "Cántico" bien encuadernado, aunque no tan perfecto como yo hubiese querido.

¹³ Pedro Salinas decidió aceptar una oferta como profesor en Johns Hopkins University a partir del curso 1940-1941.

¹⁴ Homero Serís (1879-1969), bibliógrafo, profesor de la Universidad de Syracuse (Nueva York).

¹⁵ F. Courtney Tarr (1896-1939), profesor de la Universidad de Princeton. J. P. Wickersham Crawford (18882-1939), profesor de la Universidad de Pennsylvania.

PEDRO SALINAS*

El defensor

(fragmento)

Carta y lenguaje

Por lo pronto, cartearnos desinteresadamente con nuestros prójimos nos coloca en el trance de tener que entenderlas con el instrumento de comunicación, el lenguaje. Nos coloca frente a nuestra lengua en actitud muy otra de la del conversante.

Ya me opuse a la confusión entre conversación y correspondencia, a que se inclinan, en su afán de acentuar lo natural de la carta, algunos críticos. No hay duda que la postura psicológica de la persona que habla con otra difiere notablemente de la del corresponsal. Viene la diferencia de la situación humana originaria de toda carta: la ausencia. Si nadie, por muy atrevido, va a atreverse a negar lo que va de presencia a ausencia, ¿cómo podría ocultarse lo que va de entendernos con alguien que está aquí, delante de nuestros ojos, entero y verdadero, a comunicarnos con el que está a mil leguas de distancia? Cualquier amigo, cualquier conocido, es uno o es otro, según que le tengamos al lado y a la vista, o se nos aleje en la distancia. Distancia es algo más que una realidad espacial y geográfica, que se interpone ente dos personas: es una situación psicológica nueva entre ellas dos y que demanda nuevo tratamiento. Este trato, en la lejanía, es la correspondencia. Nadie sabe lo que valen unas facciones, el tono de una voz, un gesto, una costumbre, una sonrisa, hasta que, después de tenerlos bien vistos, desaparecen un día, raptados por la ausencia.

¿Dó están agora aquellos claros ojos?

Pregunta con sencillez —tan henchida, no sabemos bien por qué, de patetismo— el gran lírico toledano. Todos los poetas enamorados o enamoradizos andan llenos de

semejantes preguntas, que todavía siguen llamándose retóricas.

Lo que decimos con el habla se siente apoyado, sostenido, más aún, defendido, por toda nuestra apariencia fisonómica y hasta corporal. Las palabras cuentan con maravillosas, fieles aliadas en los rostros, que muchas veces son los que les ganan la batalla, decidiendo el éxito con un mohín, una sonrisa o un fruncimiento. Con frecuencia sucede que la endeblez de lo que se charla queda compensada, y en olvido, por las gracias de decirlo, y la gracia total de la persona que lo dice. Nuestro ser físico actúa con su hermosura plena en el habla; ninguna facultad suya se esquivo al empleo; al par de la inteligencia discursiva, alegando los severos métodos de la razón, del ingenio agudo, de la afectuosidad sin duda, funcionan los músculos, la sangre, los nervios, se colorea el rostro, se arman las sonrisas, se encienden las chispas de los ojos. Entra el ser humano en juego, sin reserva, y para recibir su comunicación y responderla, nosotros, parejamente, echamos mano de todo lo que somos, nos movilizamos por completo; se vive en la integridad del ser. Por algo San Juan afirma que la dolencia de amor no se cura sino con la presencia y la figura.

Pero tómesela pluma en la mano para escribir al distante. ¿Qué es éste sino un nombre, un simulacro que nosotros reconstruimos, más o menos aproximadamente, incorpórea escultura afanosamente labrada con las dos manos de la memoria y la fantasía reproductiva, a veces tan torpes e incapaces? No podemos ahora hablarle contando con todo el poder de esos recursos que el mero acto de hablar en presencia pone en marcha, generosamente. De todo el instrumental expresivo de la persona nos resta un instrumento solo: el idioma mudo, el diccionario en desorden, y singularmente abreviado, que tengamos dentro. Todo lo que se ansía comunicar ha de valer de pala-

* Salinas, Pedro, *Pasajero de las Américas*, México, FCE, 2007.

bras escritas, signos de signos, para exteriorizar la plena realidad de nuestro estado interior. Es como si una gran comedia lopesca o shakesperiana no nos pudiese llegar más que por su texto, sin vivificación de los actores, de las acciones, en que toma cuerpo. Porque una cara tiene algo de escenario, y de compañía de representantes, de las ocurrencias interiores del alma, y se dedica devotamente a ponernos en escena, en la gran escena del mundo.

Ahora el hombre se halla solo con su lengua, abstracta, abstraída del parlante y el interlocutor. Y empieza a cobrar conciencia de ella, de lo que encierra y vale, de sus potencias, de la arduidad de su uso, de lo que con ella podría decir, y quizá no sepa decir. Es, en suma, la actitud reflexiva frente al propio idioma, situación nueva. Hay que empuñar esa herramienta única, y desempeñarse con tal destreza y arte que con ella, no más, sin las preciosas colaboraciones de antes, se diga todo lo que en el interior está queriendo ser dicho. ¡Gran apuro y soberbio momento del *homo sapiens*! Reducido está al extremo de tener que luchar con el idioma escrito, venciendo sus resistencias para poder vivir en él, como el terrícola pelea con la tierra para extraer de ella sus medios de vivir. Ya se sabe que también opera en el habla familiar un esfuerzo selectivo, una busca de justos vocablos; pero o no se siente o es tan imperceptible que no paramos más mientes en él que en esos otros esfuerzos del respirar, del caminar; y se nos antoja tan espontáneo como el canto del pájaro. Al ir a escribir se percibe la doble faz del idioma, es nuestro servidor y, a la vez, nuestro antagonista, obedecernos y oponérsenos. El que habla parece que goza de una especie de Edad de Oro de su lengua, en la que todo se le da sin fatiga; al escribir, desterrados de ese mítico edén, hemos de laborear el suelo, abrirle surco con nuestro pensamiento. Como si una voz procerosa nos hubiese sentenciado al inventar la escritura: “Ganarás la lengua con el sudor de tu frente”.

Al cabo de ese esfuerzo se halla una forma de comunicación que por estar desvalida de todo concurso de nuestro ser carnal, por ser mero signo, se adelgaza, casi se inmaterializa, y toma apariencia de puro tráfico de espíritu. Digo que es casi inmaterial porque una vez vi con mis propios ojos, en un museíto de provincia, la materialidad de la palabra escrita. En un platillo de una balanza de precisión había una hoja de papel en blanco; en el otro, un papel idéntico de calidad y tamaño, con unos renglones manuscritos. Y aunque tan lógico, parecía milagro ver como esa escritura, no más de diez o doce líneas, acaso cincuenta o sesenta palabras, bastaba para inclinar el platillo, siquiera fuera levemente, hacia su lado. Ese peso, apenas perceptible, es todo lo que queda de físico en la comunicación por escrito; la única porción de corporeidad en que toma carne el pensar humano, como pagando inescapable tributo a su etimología.

Muy bien suele decir el pueblo del que está escribiendo que se saca las cosas de la cabeza. Quiere decirse que usa sus recursos espirituales, sin los valimientos con que pérfidamente se alía la conversación, las risas, los hoyuelos, etc., para encantar al conversado. ¿No se explica así el que tantos prójimos decidores, dados a la facundia o incursos en la garrulería, de esos que jamás se desconciertan ni se quedan cortos de palabras en los foros del mundo, mudan de color, se amedrentan, así que se ven frente a frente con una carilla de papel en blanco, que les espera? Es que las cosas han cambiado mucho: ahora lo que se dice hay que pensarlo antes, y decirlo bien. Por algo la gente humilde es reacia a escribir cartas, porque tiene miedo a no saber, a no hacerlo como es debido. La hoja en blanco desprende de su blancura el blanco espectro amenazador de una responsabilidad. Los tratos más graves, los negocios de más monta, han de quedar todos escritos y con palabras bien puestas. “Nada de cartas”, dice el aventurero en amores fáciles; cobardemente enuncia así que escribir es comprometerse. Toda hoja en blanco es una exigencia, su alba mudez se dirige a nosotros, en reto a nuestra capacidad de expresarnos. El miedo que precede al escribir la primera palabra, al quebrar con ella ese tremendo sin sentido del papel inmaculado, lo sublimó Mallarmé a poesía insigne, pero casi todos lo vivimos, a lo vulgar. No es que el que vaya a empezar una carta íntima se vea al borde de una obra maestra o un fracaso abismal, no. Es que va a manifestar lo que siente o piensa, y se encuentra con que eso del lenguaje es más complicado de lo que parecía. Está allí el idioma, esperando en una equívoca actitud, como la del subordinado ante su dueño: le va a servir, a obedecer, es cierto, pero al propio tiempo aguarda a ver si sabe mandarle. Le cae bien a toda lengua literaria la famosa exclamación del juglar de Medinaceli:

Dios que buen vassallo si oviese buen señor.

Y esa súbita conciencia de que se es usuario de los bienes incalculables de un idioma le infunde un desasosiego, hijo del temor a emplear malamente los caudales que maneja.

Ya se ve, pues, todo lo que lleva aprendido el buen escritor de cartas: la conciencia de la valía de una lengua, y con ella, el hermoso sentido moral del comprometerse, de asumir la responsabilidad del recto uso de las riquezas que se le fian.

Otra ganancia, y no menor: hacer una cosa despacio, escaparse del más cómico de los *idola fori* de nuestro mundo, la velocidad santificada, la beatificación de la prisa. No es dudoso que el apresurarse está muy puesto en razón en muchas ocasiones; esta concesión se la hago gustoso a los idólatras de la prisa. Pero —aunque esto no me lo concedan ellos— menudean los casos en que darse

prisa es peligrosa sinrazón, como podrían alegar en mi abono los cuarenta mil muertos que hay al año en Estados Unidos por estropicios de automóviles. No se sabe de deidad india ni azteca que exigiera tal copia de sacrificios humanos en doce meses. Pero el sacrificado no es sólo el muerto en estos lances; sino el que queda vivo. Ese infeliz papanatas a quien se le hace tragar, como un axioma, que el toque está en hacer las cosas pronto, en acabarlas lo antes posible, y que tiene un único credo en sus días que cuando menos tiempo se tarde en hacer algo, tanto mejor para él y para la cosa hecha. De ahí las infinitas víctimas mudas e inermes, todos los productos de la mente y de la mano humanas, feos, equivocados, imperfectos, dañinos, y que son así no porque no se podían hacerlos mejor, sino porque se empeñaron sus autores en que lo primero y principal era hacerlos de prisa. Hay que arrancar horas al tiempo, como se arrancan margaritas del prado; y para lo peor, para echárselas a los cerdos. Si algún mote se ha ganado este siglo, en lo que lleva consumido de años, es el de siglo chapucero, porque todas las cosas que había que hacer bien las ha hecho de mala manera, chapucosamente; y en cambio ha realizado a la perfección las cosas que no había de hacer, ni bien ni mal. Y ahí está la chapuza mayor de todas, de la que salen las demás: el empezar por no distinguir lo que había que hacer de lo que no. ¡Perfección resplandeciente de la bomba atómica, la tan bien hecha, la tan amorosamente cuidada, la que se atrae todas las envidias, la archichapuza moral y humana, la única –sarcástica paradoja– en que no se admitió trabajo chapucero!

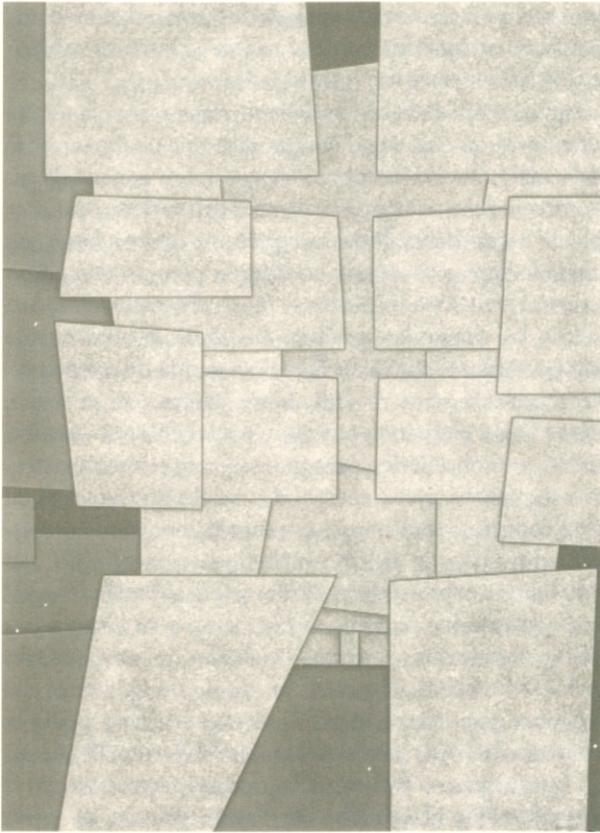
Frente a esa moral de la chapuza, hija mestiza de la prisa y el dinero, me atrevo ya a erigir una ética muy modesta, tanto por su origen como en su formulación. Es la “Ética del ebanista hispalense”. La aprendí cuando y donde menos la esperaba, en la sin igual Sevilla, y de boca de un artista en muebles. En buena hora le confié el encargo de alhajar un cuarto de mi entonces incipiente hogar sevillano con algunos primores mobiliarios salidos de su taller. Quedó cerrado el trato, convenida la fecha, y mi esperanza latente, día por día. Llega el plazo: los muebles no llegan. Cebo mi paciencia con toda clase de argumentos, *sotto voce*; aguardo quince días, un mes. Al cabo me apersono en su taller y presento mi queja. El artista se enreda en excusas y se enmaraña en mentiras veniales. Que si el mal tiempo (“¿Cómo se van a secar las pinturas con estas aguas?”), que si la muerte inexorable (“Misté, ar primé oficiá se le murió su pobrecita madre”). Pero yo, con crueldad fría de intelectual, le acoso a raciocinios, le acorralo entre fechas. Y ya, por fin, como alumbrado desde la altura, él pronuncia su inmoral apotegma: “Misté, Don Pedro, a los muebles hay que darles lo suyo”. Se me vino al suelo todo mi pobre arsenal raciocinante, tocado por el rayo de otra suprema razón. Me callé la boca y, vencido,

me volví a mi casa desamueblada de trastos, sí, pero desde entonces enriquecida con esa joya de la humana sabiduría: “A los muebles hay que darles lo suyo”.

Tenía razón el ebanista sevillano, tiene razón, la tendrá siempre el que así diga. Porque dice que cualquier obra delicada y fina del hombre –las que valen la pena de ser hombre– tiene su tiempo natural de ejecución, y no se le puede hacer fuerza. Pide un cariño, un amor a hacer, un cuidado, que se proyectan en tiempo; pero un tiempo no sujeto a la medida de patrones fijos y abstractos, sino tan sólo a las demandas que vaya haciendo la obra misma para cumplirse, para salir bien. La cuantía de ese tiempo la impone la obra misma, desde dentro, no se marca desde fuera. Él quería decir que a los muebles en cuestión había que concederles, para que saliesen a existir y entraran en mi casa, no un mes, ni dos, ni el plazo aquel a que él se comprometió como comerciante, y no como artista, sino un lapso de tiempo misterioso e indefinido que empezaba a contarse al dibujarlos y sólo se daría por expirado cuando los muebles se ofrecieran a su vista, algún día, satisfactorios, perfectos, acabados. Y así pasa con todos los muebles, también con los de los aposentos del espíritu; que cada cual pide un tiempo. Uno pedía la comedia de Lope, otro el poema de Mallarmé. El que no se lo otorgue se somete a la misma pena: malogro e imperfección. El artesano de Sevilla dijo en su estilo macareno, él, pintor modesto de muebles de palo, lo que con elegancia de dicción insuperable tenía dicho un colega suyo en lo de pintar (si bien éste se dedicaba a la pintura, en lienzo, de nostálgicas bacanales y divinas aventuras al desnudo), Nicolás Poussin: *Les temps ne pardonne pas ce que l'on fait sans lui*. Para que lo entienda en sevillano: El tiempo no perdona lo que se hace sin contar con él.

La carta y el tiempo

Las cartas, las de verdad, se gobiernan por la moral del ebanista. Nada de chalanear con las horas, de regateo con los minutos. El dar tiempo a las cartas es cosa preceptiva, en su mejor época. El segundo conde Chesterfield como si estuviera ya dando consejos a un célebre epistológrafo, nieto suyo, decía en unas “Breves observaciones sobre el modo de escribir cartas ordinarias, dedicadas a Lady Mary Stanhope” cosas que nos revelan la sensibilidad de entonces para el *tempo* de la carta: “Cuando queramos contestar una carta hay que leerla primero, luego piénsese lo que uno diría a esa persona, si se estuviera con ella, tratando de decir lo mejor que se habría dicho, oralmente, de súbito”. También aconseja se tomen notas, se haga un borrador, y que se extreme el cuidado en ortografía, en la evitación de choques cacofónicos y en la armonía. Aun-



que nada se diga del tiempo, se está sintiendo en los consejos de conde el que a todos los presupone: ser liberal, generosísimo de él.

Hay que entregarse al fluir de los renglones; que nos lleve, a su andadura, como quiera, hasta donde ella lo necesite. De esta suerte la carta nos acostumbra a ser generosos del mejor de los bienes otorgados al hombre, la disposición del tiempo. Cuando se acuñó ese aforismo tan rodado –estribillo favorito del pragmatismo barato– *time is money*, el de “el tiempo es oro”, se alcanzó en él una de las marcas más bajas en la moral del hombre. Poner a par la dimensión misma del existir con la moneda, es degradación monstruosa de la conciencia del mundo, ceguera total del reconocimiento de su hermosura. Si se mira el tiempo de la vida como concesión que se nos hace para que en su transcurso podamos salvarnos, bien podría llamarse al tiempo nuestro salvador, y emparejarlo con el dinero, como hace la paremia, es repetición del acto de Judas que vendió a su Salvador, por monedas también.

Hombre moderno que acepte en el fondo de su corazón ese precepto, como norma inquebrantable, se alista con Judas. De tal idea deriva un modo de conducta predominante en la vida moderna, y de los más deprimentes, la cicatería con el tiempo, la sensación que nos dan los

demás –y nosotros a ellos, por supuesto, ya que todos andamos metidos en la danza– de roñosería y mezquindad en cuanto concierne a horas, minutos o días. De pocas cosas somos tan escatimosos como del tiempo. Las fórmulas de cortesía donde alternan las convenciones vacuas y las sabidurías profundas, prohíben terminantemente que estando con amigos miremos descaradamente al reló. Es un buen indicio de que hombre no ha perdido aún la vergüenza, y la siente todavía al desatender a un semejante con quien se conversa amigablemente y estar pendiente del reló.

Se presume ostentosamente de no tener tiempo. De tal manera que los haraganes, que nada hacen y nada tienen que hacer, se dan tono de no disponer de un minuto. Declararse frecuente y querulosamente sin una hora libre, año tras año, confiere respetabilidad, inspira confianza a los conciudadanos y eleva poco a poco hacia el patriciado. Nadie sabe adónde puede llevar, hábilmente administrada, la fama de hombre ocupadísimo; muchas veces aúpa más que el verdadero trabajo. El Tartuffe contemporáneo no se jacta de virtudes; sí de quehaceres. Y si consagra unas horas al ocio es porque en ellas se fortalecen y renuevan sus energías para el negocio. Muchos casos hay en que ni la blanca bolita de golf es inocente; se usa como tónico, va disparada al mejor desempeño de la empresa comercial y al subsecuente aumento de los beneficios.

El fantasma que más atemoriza a los jóvenes que prometen, y a los maduros que ya han cumplido, es el de “perder el tiempo”. Por miedo a no perder el tiempo sin hacer nada se malgasta, se derrocha el tiempo precioso, en numerosas simulaciones de hacer algo, y que son auténticas nadas. Descuella la sociedad contemporánea, acaso inspirada por el Príncipe de las Tinieblas, en el ingenio y las fatigas con que se emplea en organizar la nada y, dorando casi siempre la píldora con el cómodo título de distracciones, en ponérsela al alcance ya al individuo solitario, ya a la muchedumbre.

La carta, como exige de su escribiente el tiempo del ebanista y no el tiempo de Judas, todo el que requiera su cumplimiento cabal, lo mismo si es diez minutos que dos horas, nos devuelve al uso generoso y noble del tiempo. Se limpia éste de las miserias y las bajezas con que le hemos maculado al convertirle en monedas, y que le tiene ya tan sucio como a ellas. Y otra vez vuelve a correr, no como el agua de las nuestras casas, forzada a pasar gota a gota por el contador, traduciéndose a céntimos, desdichada hermosa cautiva del interés, sino como la del arroyo, o la de Garcilaso, alegre, virginal y sin cuentas.

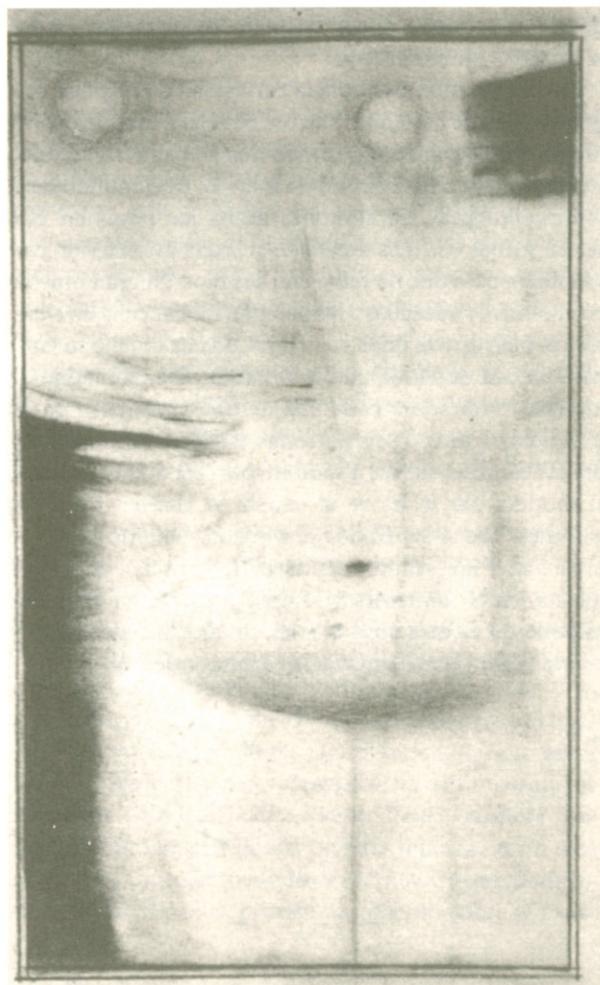
En él vivimos. La vida del siglo XX es una serie de acciones de retaguardia, que va dando la intimidad, siempre derrotada, a su gran enemiga. El hecho lo acusan muchos sociólogos, y en español nos dejó excelentes páginas sobre el tema Manuel García Morente. Antes la suprema ele-

gancia consistía en no ser visto más que por los pocos, y exponerse a la curiosidad de la multitud se tenía por afrentoso. Entre los profesionales hodiernos de la aristocracia social, nobles añejos y ricos agraces, me he permitido observar un doble juego, de mucho entretenimiento. Se cierran los tales elegantes en recintos —hoteles, restaurantes, cabaretes— protegidos de la intrusión de las mayorías por guardias mucho más seguros que los del Miramamolín: los precios fabulosos. Con eso se inclinaría uno a creer que rehuyen de la impertinente inspección del vulgo de fuera. Pero funcionando paralelamente está toda una maquinaria, cronistas de sociedad, correveidiles de salones, fotógrafos de *nigth-club*, que captan sus figuras y repiten, para que todos los sepan, sus salidas ingeniosas o sus intenciones matrimoniales, apenas esbozadas. A los dos minutos de haberse esposado Mr. Mengano con Miss Fulana, esta decisión que antes solía acompañarse de pudorosas reservas, se la comunica por las ondas del aire a una nación entera un diligente trujimán que la averiguó por arte de birlibirloque y que, dicho sea de paso, se ve recompensado por la sociedad de estas nobles y ponderosas faenas mucho más que un obispo a un sabio por las suyas. He aquí un modesto ejemplo de cómo un suceso tan privado, gracias a la técnica moderna, se torna no menos público que una cotización de bolsa o un incendio con doscientas víctimas. Por supuesto, si lo acaecido tiene signo inverso, y el acuerdo de esas dos ilustres personas versa sobre su discordia, esto es, si lo que se prometen no es juntarse, sino separarse, la tal determinación, acaso más delicada moralmente que la otra, se difunde con prisa no menor, suponiéndose que despertará en los pechos de millones de humanos cons ternación y duelo equivalentes al gozo que provoca la noticia de los esponsales. ¡Estupendas ventajas de la comunicación moderna, bien claro está, puesto que lo que no importaba antes más que a dos, o poco más, ya es materia de importancia para millonadas de gentes!

Asimismo, en las revistas ilustradas se multiplican las efigies de damas y galanes de la principalía dineraria y social; se compran por unos centavos, se ceban en sus hermosuras innumerables ojos, que escrutan las tendencias de su nariz o el corte de su traje; y hasta ocurren cosas tan de lamentar que los dobles gráficos de tan encumbrados personajes quedan —a merced de ser hollados— por los suelos, cuando alguien deja caer cansado la revista, abierta por la página de sociedad.

El cuerpo humano, muy particularmente —y por fortuna— el femenino, se revela tan fervoroso en el empeño de publicarse, que servido en esta empresa de dadivosidad sin par por innúmeras huestes de dibujantes, modistas y costureras, ya apenas si se reserva dos o tres secretos. Cada nuevo modelo de traje de baño parece prodigio en cuando que reduce lo que ya parecía absolutamente irre-

ductible; y como las novelas de aventuras de antaño, nos deja anhelantes y en suspenso, pensando en lo que va a ocurrir en la próxima entrega, esto es, en el modelo que viene. Gracias a que el arte de la sastrería, asimilándose las artimañas del de la novela, se las compone para que el capítulo siguiente, como el nuevo traje, siendo distintos, siga aún reservándonos el secreto del desenlace. Fuera del baño y lejos de la playa se adoptan otras formas de publicidad, y las distinciones aquellas, tan arbitrarias, entre ropa interior y exterior, están ya borradas; lo que no se sabe bien es cuál es la desaparecida. Dicho de otro modo, hemos perdido la cabeza de tal manera, que ya no sabemos la que queda, si la de fuera o la de dentro; en cuanto que la de fuera parece la de dentro, y es de suponer que la de dentro parezca la de fuera, caso de existir. De conocerse la índole y peculiaridades de las personas por las extensiones de epidermis ofrecidas a la observación de los demás, un La Bruyère moderno no tendría más faena, y nada difícil, que ambular por una playa de la Riviera, ni



necesitaría más perspicuidad psicológica que una cámara fotográfica de tres pesetas y media.

El escribir recatado

Pero también en este frenesí publicitario la correspondencia actúa como lenitivo y, a ratos, remedio del mal. Entrémonos, por ejemplo, en uno de esos microcosmos que son los hoteles modernos, los cuales compendian en sus confines la variedad de las actividades humanas. En un salón se baila; la mejilla de la damisela se apoya en la del garzón, y este ademán de graciosa languidez, propia antes de un momento de soledad a la orilla del lago lamartiniano, se produce automáticamente a las primeras vueltas del baile, ante la expectación de todos los presentes. Las espaldas femeninas prescinden de cobertura, en su plena latitud y longitud. Se oye lo que dicen en todas las mesas fronteras, a la disposición de los oídos de todos.

El vestíbulo es tan público como un pasaje. Nadie para. Entran gentes con maletas y maletas con gentes. Sitio de paso, tejido todo de idas y venidas, hecho y deshecho donde nada queda quieto más de unos segundos y todos se cruzan y entremezclan.

Pero de pronto nos tienta la curiosidad de empujar una puertecilla que hay en un rincón. Se resiste un poco por el mecanismo de aire comprimido que la mantiene cerrada, y cuando cede da acceso a otro mundo. Es el mundo de la correspondencia. La alfombra acalla los pasos en esta saleta, y unas cortinas melifican la cruda luz exterior, casi la anulan, para que no hiera con sus filos. Ningún mueble en el centro, y adosadas a las paredes, una docena de escritorios, bien aparte unos de otros. Cada cual tiene su lámpara propia, de modo que se ve como un archipiélago de lucecitas, indicadora cada una de una personal zona de intimidad. Cinco o seis personas escriben inclinadas sobre las carpetas, ajenas a todo lo que está detrás, es decir, al mundo. No se les ve el rostro; lo vuelven hacia los ausentes. Todos los ruidos se rinden al señorío suave de tanta paz, y nos salimos del lugar, de puntillas, dejándola intacta. Es el santuario del hotel, y lo que en él se nos impone no es otra cosa que las condiciones de recato y apartamiento que demanda la correspondencia.

¿Por qué será que en cuanto alguien se pone a escribir, siquiera sea en un sitio público, cubierta de barco, terraza de café, se queda solo? Todos le respetan. El compañero de camarote que se acercaba a hablar con él, se detiene y echa atrás. Es que le circunda un aura de aislamiento que nos impide el paso. Nuestro mundo, desde el que le miramos, mundo común de los espectadores, deja de ser el suyo, salvo para el alentar de su ser físico. Él se ha ido ya a otro, y allí dialoga con una persona que no vemos, le está hablando con palabras que no encarnan en materia sonora. Nos ocurre lo que al descubrir a dos enamorados que platican en el banco de un parque, cuando echamos por otro sendero para no distraerles su soledad.

Y si algún impertinente dirige la palabra al que escribe con los ojos sujetos a su papel, absorbido en *su papel*, suele suceder que éste alce la cabeza con expresión de asombro, guiñando los ojos como si le molestara nuestra luz, despertando, sin reconocer aún bien dónde se halla. Extraña la mirada que le mira, la voz que le interpela, porque no son de su mundo, al de la carta, al que se hallaba trasladado por el mero hecho de escribirla.

Solicita la carta recogimiento y concentración; el que la emprende tiene que llamar a capítulo sus atenciones dispersas, enfocarlas todas sobre la hoja blanca. Tiene que retirarse a los demás de su ser, es decir, recobrar a sí mismo, reconquistar lo que pueda de su desparramada persona para que el otro, el destinatario, le vea bien y le reconozca cabalmente. Es un regreso exquisito a la intimidad, y nada egoísta, además, porque se la dedicamos a un semejante.

He aquí, pues, dos virtudes preciosas de la epistolografía. En este siglo entremetido, en que se nos entromete en casa, por teléfono, una voz poco deseada, o por la radio del vecino otra aborrecible, o por la prisa del transeúnte el bocinazo del automóvil; en estos días en que se considera insoportable fastidio estarse quieto diez minutos seguidos, cuando el coche a la puerta nos tienta a toda clase de traslaciones sin objeto, he aquí algo que nos alecciona a dos viejas formas de noble sabiduría: estar solos, recogidos en la reflexión, y adelantar espiritualmente por caminos que la pluma va abriendo, hacia una meta perfectamente clara; la persona que aguarda nuestra atención, o nuestro amor, por escrito, allá, a la otra orilla de la carta.

Literatura epistolar

I

Reservamos habitualmente el término “epístola” a una composición en verso, satírica o didáctica —el *Arte poética*, de Horacio a los Pisonos, o la *Epístola moral*, de autor ignoto— y llamamos “carta” al género correspondiente en la prosa. Desde la carta privada que, en concepto, sigue inmediatamente a la comunicación oral, hasta la carta más ambiciosa que presta su forma o envoltura a todo un tratado —las *Provinciales* de Pascal— caben numerosos tipos diversos y convienen las más distintas clasificaciones. Conforme esta conversación a distancia camina de lo íntimo a lo público, se va volviendo cada vez más un objeto literario, y al fin acaba por serlo tanto que ya sólo es carta por el nombre. Y si la carta privada no admite más reglas que el código del ama de casa (letra clara, mensaje nítido, fecha y dirección precisas —cuya omisión, cuando es constante, parece síntoma de alguna perturbación psíquica latente o manifiesta—), las cartas que van remontándose a otros propósitos más sublimes tienen que aceptar, por de contado, los preceptos del asunto mismo a que sirven como vehículo, aunque en general alardean de cierta elasticidad y soltura, de cierto tono conversable, que al fin y a la postre para eso son cartas.

Además de estas diferencias en grado, que se extienden desde el cuchicheo escrito o la intención secreta hasta la voz en cuello que se deja oír sobre las plazas —gradación comparable a las vibraciones de la luz que van del infrarrojo al ultravioleta según la frecuencia de la onda—, hay las diferencias del contenido. Pues hay cartas literarias como la mayoría de las que ocupan esta y todas las antologías; novelas en carta como *Les liaisons dangereuses* de Choderbos de Lados, el *Jacopo Ortis* de Fóscolo o *La estafeta romántica* de Pérez Galdós; cuentos en carta

como *El doble sacrificio* de don Juan Valera; cartas educativas como las famosas de Lord Chesterfield a su hijo; historia y crítica literarias en cartas como *La coltura italiana* de Prezzolini; de humanidades en general como las *Cartas filológicas* de Cascales; filosofía en cartas como las *Lettres á Mélisande* de Julien Benda; jurídicas como las *Cartas a una señora sobre temas de derecho político* de Ángel Ossorio; hay las *Cartas biológicas a una dama* de J. von Uexküll; hay cartas que son meras relaciones de viajes como las del presidente Des Brosses sobre Italia, las de Lady Montagu sobre Turquía, las de Madame Calderón de la Barca sobre México; y hay, en suma —pues la enumeración sería inacabable—, la posibilidad de tratar cuanto corresponde a las letras divinas y las humanas en pretexto de carta, usando como mero vocativo retórico (¡oh, Fabio!) el nombre de algún corresponsal real o ficticio, sobre quien se apoya la escopeta como en un “mampuesto” para disparar sobre el público en general. En *Junius*, por ejemplo —a cuya gloria contribuyó singularmente el anonimato—, la forma epistolar es mero artificio. Puede comparársele, en España, el *Pobrecito holgazán*.

Si algunas cartas son vanas en sí mismas y sólo cobran interés por el personaje cuya vida iluminan —así las pobres cartas amorosas de Napoleón, o de Faraday, o de Beethoven (y no sé de dónde ha sacado M. Lincoln Schuster que, en Venezuela, a condición de emplear un sobre rojo, las cartas entre los amantes gozan de un descuento de media tarifa postal)—, otras pertenecen al legítimo acervo de la cultura, como las cambiadas entre Goethe y Schiller, Renan y Berthelot, las de Rousseau, los hermanos Grimm, Diderot, Sainte-Beuve, etcétera. Las hay que forman parte de la historia política como esas admirables *Cartas de relación* de Hernán Cortés al emperador de las Españas, primer documento sobre la Con-

¹ Reyes, Alfonso, *Obra completa*, México, FCE, 1993, t. XXV, pp. 477-489.

quista de México, cuyo tono de charla casera a chorro abierto contrasta con la solemnidad del caso y con el estruendo de las armas. En don Miguel de Unamuno cada carta es una expresión íntegra de la persona, con sus agitaciones y sus interiores guerras civiles. Y a veces las colecciones epistolares nos descubren trasfondos y perspectivas sobre el mundo cultural de ciertas figuras eminentes, como esa correspondencia de Flaubert donde el yo del autor —que quiso borrarse en las novelas— se revela vívidamente en el manejo de innumerables ideas y nociones, bien que algunas de segunda mano, a vueltas de otras que son inesperados pronuncios nietzscheanos.

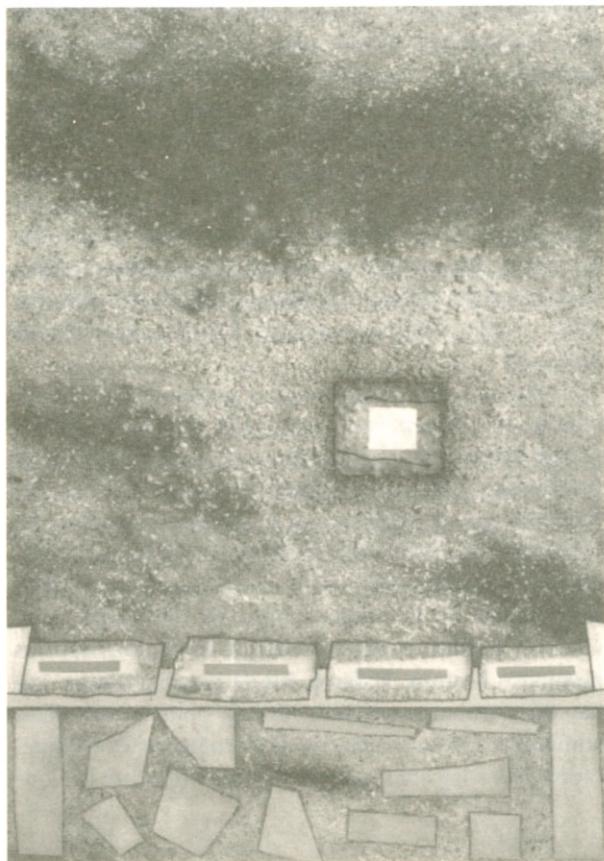
La carta en su función pública y general sirve como sirve cualquier papel escrito o impreso; en su función particular o de diálogo entre dos personas, la correspondencia puede sostener por sí misma amistades tan patéticas como la de Goethe y Carlyle, o dar a Schiller —alma tímida y solitaria— aquella protección que parecía buscar junto al dios de Weimar. Si ciertas cartas fueron concebidas y templadas para recibir el aire de la posteridad, otras pertenecen honradamente al secreto de las relaciones privadas; y si la curiosidad del investigador histórico o del mero aficionado se atreve un día a desenterrarlas, la indiscreción puede ser muy útil para la biografía o la historia

—en cuya confluencia están las cartas—, pero no deja de merecer el reproche de Heine contra el que hurga en las intimidades ajenas y, técnicamente, es una violación de correspondencia a tantos años vista. Aquí del tacto, aquí del más y el menos, aquí de ese matiz sutilísimo de la verdad que se llama la oportunidad, aquí de cierto buen gusto histórico que no todos los historiadores poseen, aquí del valuar con inefables medidas lo que importa y lo que no importa a la tradición. Que se restablezca en buena hora la imagen auténtica de un personaje, el cuadro de una época, merced a todos los documentos que puedan albergarse. Pero ¿valdrá siempre la pena? Quienes admiramos a Sainte-Beuve, el hombre de letras casi único, ¿no hubiéramos preferido el silencio y el olvido sobre sus relaciones con la pobre de Adela?

Pero, dejando de lado las cartas robadas al secreto de las alcobas y otras a ellas comparables, mejor que una ociosa definición, nos ocurre una comparación que abarca todos los tipos de carta pública o propiamente literaria (en el sentido textual de lo literario), y es que la carta viene a ser como esas conversaciones de la mesa de al lado, cuando el que habla esfuerza la voz para que, además del que come en su compañía, lo escuchen los demás. Con la diferencia sustancial de que este caso práctico es muestra de mala educación, y el caso teórico o artístico más bien es prenda de la urbanidad refinada.

Y aunque leyendo las páginas de Mark Twain sobre el arte de escribir cartas se convence uno de que ello es cosa mucho más difícil que el escribir una historia de los romanos y casi tan difícil como escribir un buen cuento, no cabe duda que el huir de lo fastidioso es un precepto de oro. Y mejor que mejor si el autor de cartas —sean privadas, semiprivadas o públicas— se ajustara siempre a este consejo: que la carta sea siempre un buen rato para el que la recibe y la lee. Porque aun las amarguras y las tristezas pueden redimirse hasta cierto punto en ese contentamiento interior que el buen arte siempre despide a pesar suyo. Que éste es el secreto de la “mímesis” o representación poética de las pasiones. Ora sea el sollozo de Eugénie de Guérin en el silencio de la alquería; ora Mademoiselle de Lespinasse o la Monja Portuguesa nos confíen su íntima desazón o su sed de consuelo místico en misivas que “quemán el papel”, ya sean aquellos relámpagos de pasión que se cruzan entre Abelardo y Eloísa; o la sublime defensa que Spinoza hace de su fe en Dios; o el chismorreo de Boswell sobre su visita a Voltaire; o la ardiente indignación de Stevenson en defensa del padre Damien.

Se ha dicho que el correo moderno, el teléfono, el telégrafo y el periódico han matado el género epistolar, cuando lo que debe decirse es que el género epistolar muda con las condiciones sociales, más rápidamente aun que los demás géneros, por su mayor dependencia o apego, por su mayor determinación en el cuadro de las costum-

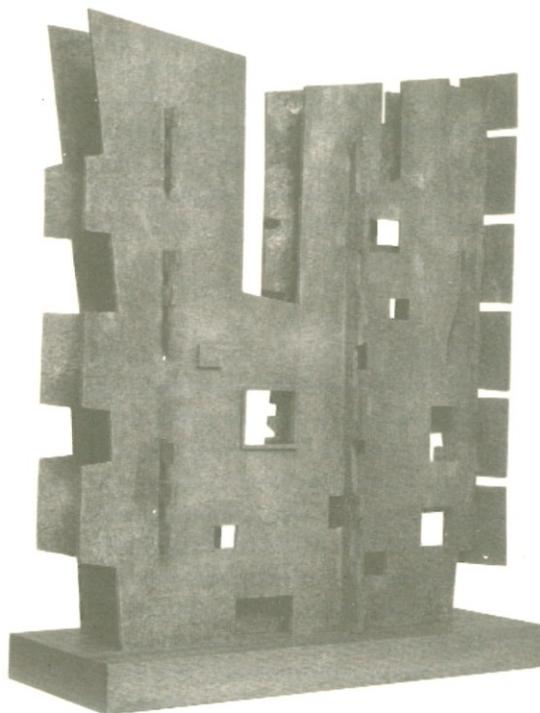


bres de cada época. El género epistolar no es ya un caballero del siglo XVIII que escribe con puños de encaje a la luz de los candelabros donde arde la cera; no es ya una dama que lee la carta y sonríe, tumbada negligentemente a la Pompadour junto a un clavicordio abierto o junto a una esfera que pretende darle aires de musa. Pero la verdad es que hoy, a fuerza de ensanches y eclecticismo, puede haber y hay cartas importantes y dignas de recordación —y cuántas cosas importantes se siguen diciendo en cartas privadas, semiprivadas y públicas!—, pero ya no hay, específicamente, género epistolar, o sólo queda en supervivencias.

El género por excelencia está representado en la inmortal Mme. de Sévigné, y era un equilibrio inestable, un indefinible compromiso entre la voz privada y la pública, tan tenue, tan leve, que se lo mata como a la mariposa en cuanto se pretende fijarlo con el alfiler de los principios. La carta clásica, para serlo de veras, había de venir sollamada en el diario trato y hasta sazónada con indiscreciones y sátiras, confidencias y otras picantes y especias de la humana frecuentación, sin duda por aquello de que “el papel no se pone colorado”. Todo ello requería un conjunto de circunstancias propicias: vida de ocio, desde luego, y un gran teatro de observación social; en fin, una posición elevada, dominio de los panoramas humanos, desprendimiento y señorío. A todo ello, añádate la llamada “naturalidad”, hija las más veces del estudio, pues la Naturaleza confiesa en un diálogo de Voltaire: “Pobre hijo mío, ¿quieres que te diga la verdad? Me han dado un nombre inadecuado: me llaman Naturaleza, y toda yo no soy más que Arte”.

En nombre, pues, de esa misteriosa naturalidad, sea lo que fuere, los más encumbrados autores han dado lugar a algunos reparos. Cicerón, como epistolar, no deja de ser algo oratorio; Plinio el Mozo es siempre algo pedante; Frontón, el maestro de Marco Aurelio, ya se sabe, es feroz gramático; Erasmo, sabio en demasía. El Renacimiento, en general, pecaba por el afán de exhibir sus galas.

En cambio, se citaban como modelos, además de Mme de Sévigné, a Horace Walpole —salva la opinión de Barbey d’Aurevilly— a Mme du Deffand, a Voltaire y a Lady Montagu. Y con todo, se reconoce que a Mme de Sévigné le estorba el excesivo amor a su hija; a Voltaire, el demasiado amor a sí mismo; a Mme du Deffand, el querer desempeñar un papel; a Lady Montagu, el encontrarse un poco distante de los hechos. Y por aquí se seguía adelgazando. La buena carta exigía muchísimas condiciones, la mayoría de ellas negativas. Samuel Johnson, en carta a Mrs. Thrale, recomendaba como modelo de arte epistolar la carta exenta de afecto, de juicio, de consejo, de alegría, de noticias o de secretos (22 de octubre de 1777) O, como diría Gracián hablando rencorosamente de Valencia: “llena de todo lo que no es sustancia”. Y si en este género



es notorio que han descollado muchas mujeres, será porque ellas —salvo la *basbleu*, la marisavidilla y otros monstruos que hoy por hoy las han heredado— son naturalmente capaces de entregarse heroicamente a lo inmediato, sin disolverlo en las abstracciones de lo impersonal y lo intemporal, a que es inclinado —por educación y temperamento— el pensamiento propiamente varonil, reflexivo y discursivo por excelencia. Disraeli decía que el éxito con las mujeres estaba en hablar constantemente, sin reparar en lo que se habla.

¿Cómo sería, pues, ese modelo de epistolares que se llamó Horace Walpole? Hijo de un gran ministro, pero carecía de ambiciones y pasiones políticas. No tenía mujer ni hijos. Veía la vida con desencanto y sin malevolencia. Sus afectos, aun los más cercanos, eran templados y nunca llegaban a cegar y vencerlo. ¡Cuántas sustracciones, cuántas restas a la cantidad humana normal! Murió a los ochenta. Se calcula que escribió dos cartas por día durante medio siglo. No de otro modo el Cronista de Indias Pedro Mártir componía una carta mientras le servían la mesa, y otra mientras le ensillaban el caballo.

Ha cambiado el índice de velocidad, las cartas casi se estiman hoy por su brevedad. Ha cambiado el escenario, abriéndose indefinidamente y dando cabida a otros personajes, a otras clases sociales. La letra, antes privilegio hierático, hoy es ya propiedad demótica. Nuevas aguas corren por los lechos de antaño. Las voces que hoy se dejan oír brotan de otras gargantas. Todo, en el mundo epistolar, ha

mudado. Pero ¿no han mudado asimismo las demás formas? Parece que lo hayan olvidado quienes todo el día lamentan la muerte epistolar. ¿Pues no se escriben hoy novelas sin acontecimientos? ¿No se hacen versos en prosa, tras la moda efímera de hacer la prosa en verso? ¿No hay por ahí teatro sin acción, historia sin actos humanos, psicología con meros números y estadísticas, filosofías que abominan de la idea, políticas que se ríen de la felicidad?

II

Fuera de ciertos antecedentes orientales, egipcios, hebreos y chinos, el género epistolar parte, según Helánico, de la reina Atosa, hija de Ciro y mujer sucesivamente de Cambises y de Darío. De ella se ha dicho que, si por sus días no existían ya las cartas, era muy capaz de haberlas inventado. Pero esta atribución de origen debe entenderse como una elegancia simbólica para empezar la historia en algún punto definido, mucho más que como verdad averiguada. Y lanzados por esta senda ¿a qué privarnos del gusto de evocar a Belerofonte? Fue éste uno de los varios “castos Josés” de que habla la leyenda griega. Pues algo parecido —en cuanto a su desgracia con las mujeres que se enamoraban de ellos en mala hora— aconteció a Peleo con la esposa de Acasto, y a Hipólito con su madrastra, la infortunada Fedra. Belerofonte, pues, vivía en Argos junto al rey Proitos o Proeto. Pero la reina Anteia, a quien Homero llama Estenobea, iracunda al verse desairada, lo acusó falsamente de haberla requerido de amores. Proeto, en un arrebato de celos, envió a Belerofonte con una carta dirigida a Iobates, rey de los licios, carta que decía más o menos: “Al recibo de la presente, me harás la merced de dar muerte al portador”. Pues Belerofonte, héroe memorable, futuro matador de la Quimera, no estaba por lo visto muy al tanto del alfabeto.

Nuestra verdadera historia —tomándola a medio camino como han de tomarse todas las historias— comienza naturalmente con los griegos. Hercher ha compilado una voluminosa *Epistolografía griega*. Pero casi todos los autores que en ella figuran eran retóricos profesionales, y tienden al tono oratorio mucho más que al epistolar. Lo que es de veras lamentable por cuanto nos priva de la verdadera curiosidad doméstica y cotidiana que tales cartas hubieran podido ofrecernos para el conocimiento y paladeo de la vida helénica, vista de cerca y sin la perspectiva monumental de Clío.

A la educación retórica, impregnada de manía clasificatoria y sistemática, se debe el que Demetrio Faléreo (o quien ande bajo ese nombre), primer tratadista del género o primero digno de mención, elabore una minuciosa repartición en veinte especies: amistosa, recomendatoria, censoria, reprobatoria, castigatoria, admonitoria, amena-

zatoria, vituperatoria, laudatoria, persuasoria, rogatoria, interrogatoria, contestatoria, alegórica, explicatoria, acusatoria, defensoria, congratulatoria, irónica y de agradecimiento. En las cartas —observa Demetrio adelantándose a la palabra de Buffon sobre el estilo en general— puede discernirse el carácter completo de un hombre. Y, además, objeta el tono de cierta misiva por “no corresponder al modo como uno se dirige a un amigo”, en que está ya toda la teoría epistolar: la “filofrónesis” o sentimiento amistoso.

Al neoplatónico Proclo se atribuye luego otra lista de tipos epistolares doble de la anterior, entre cuyas novedades aparecen ya la carta amatoria, como la más importante, y la “mixta”, como la más ingeniosa.

Las colecciones griegas de Abcifrón, Aristeneto, Filóstrato y el un tiempo famoso Fálaris, aunque aquí y allá tienen interés, no siempre son auténticas. Alcifrón se basa en comedias perdidas, de que sin eso, nada sabríamos; Aristeneto muestra esos elementos de relato que han de contribuir al nacimiento de la novela. En cuanto a Fálaris —monótono y defectuoso—, de quien tanto caso hizo la querrela de los Antiguos y los Modernos y relacionado con la *Batalla de los libros* de Swift, difícilmente puede interesar a un lector de hoy.

Para dar con verdaderas cartas hay que ir hasta Juliano el Apóstata, siglo IV d. C., y algo después, el obispo Sinesio, que dejó la colección más abundante y gustosa: aquél, tocado de retórica; éste, del último platonismo. Pero cuando Juliano escribe a su tutor Libanio sobre viajes, libros y cosas por el estilo, tiene cierta naturalidad de estudiante moderno. Y Sinesio, cuando trata con sus amigos del vino ligero y la miel espesa de Cirenaica, de sus flirteos filosóficos con Hipatia, de perros, caballos y cacería, es encantador. Con todo, hay que irse con cuidado: las falsificaciones son muchas; y lo peor, la gran mayoría de estas cartas es aburrida.

Respecto a los latinos, aunque se los considera meros imitadores de Grecia en cuanto al arranque de sus formas literarias —salvo en la sátira, y aun esto, con muchas reservas—, lo cierto es que, como epistolares, y a juzgar por lo que nos queda de ambas antigüedades, superan a los griegos. Nada hay entre los griegos que iguale a Cicerón, a Plinio, aun a Séneca. Con ellos, además, como con Sidonio Apolinar o Casiodoro, que nos van acercando ya a los oscuros comienzos de la Edad Media, estamos mucho más seguros que con las pretendidas cartas de Platón, Sócrates, etcétera. Los griegos clásicos vivían en pequeñas ciudades, todos los días se encontraban en el mercado, y se interesaban poco por la gente lejana. Durante los viajes, no había medio de comunicarse. Tal carta de Tales de Mileto u otras que trae Diógenes Laercio, o son inciertas o sólo son vagos embriones.

Entre los primeros ensanches del cristianismo y la literatura epistolar parece haber cierta concomitancia. Y

también puede ser que el escribir cartas haya sido un modo de compensar el olvido de las letras durante la primera Edad Media.

Algunos pretenden que en las Epístolas del Nuevo Testamento hay más verdaderas cartas que exhortaciones doctrinales. Y nadie puede negar que, entre el tesoro epistolar de San Pablo, cuanto se refiere a impresiones de viaje, agradecimiento de obsequios, consejos a Timoteo sobre las bebidas, etcétera, cae dentro de nuestro campo. Lo propio puede decirse sobre la caballeresca respuesta de San Pedro a su apostólico hermano, y la segunda y tercera cartas de San Juan, y aun acaso los relatos de viaje con que se cierra, deliciosamente, el libro de las Actas.

La Edad Media fue prolífica en cartas, y muchos manuales de retórica se escribían en forma epistolar, como los *Conseils sur l'art d'écrire* del moderno Gustave Lanson, que se suponen dirigidos a una mujer, o los populares manualitos de Salomón Reinach sobre la enseñanza del griego, el latín, el francés, la historia de la filosofía. Estas *artes dictandi* o *dictaminis* son verdaderas artes epistolares, y pueden considerarse como antecedentes de los libros que hoy se publican con modelos de cartas para todos los asuntos posibles. De suerte que, durante los siglos medievales, puede por mucho afirmarse que la epistolografía absorbió la herencia de la antigua retórica. Lo mismo acontece en los albores renacentistas; y sólo poco a poco la oratoria volvió a ocupar el centro de los tratados retóricos.

Entretanto, la carta había olvidado su antiguo ideal de sencillez y tono de charla escrita, para llenarse de primores y requilorios. La creciente influencia clásica le irá devolviendo su nitidez primera.

A comienzos del siglo XVI se hizo célebre una colección satírica escrita en latín macarrónico, *Epistolae obscurorum virorum* ("Cartas de hombres oscuros o desconocidos"), bajo el nombre de profesores y clérigos entonces famosos en tierras renanas y sobre todo en Colonia, y destinada a flagelar la incultura y superstición que dominaba en las escuelas y el mundo monástico, obra que en cierto modo preparaba ya la campaña de la Reforma. El título mismo parece una parodia de las *Epístolas de claros varones* a Reuchlin (1514). La colección ha sido atribuida a éste, a Erasmo y a Hutten, al impresor Wolfgang Angst, a Crotus Rubeanus, etcétera. Pero la obra más pertenece a la sátira que a la verdadera literatura epistolar.

Ésta, entretanto, no dormía. Así, las *Epistolae Ho-elianae* de James Howell

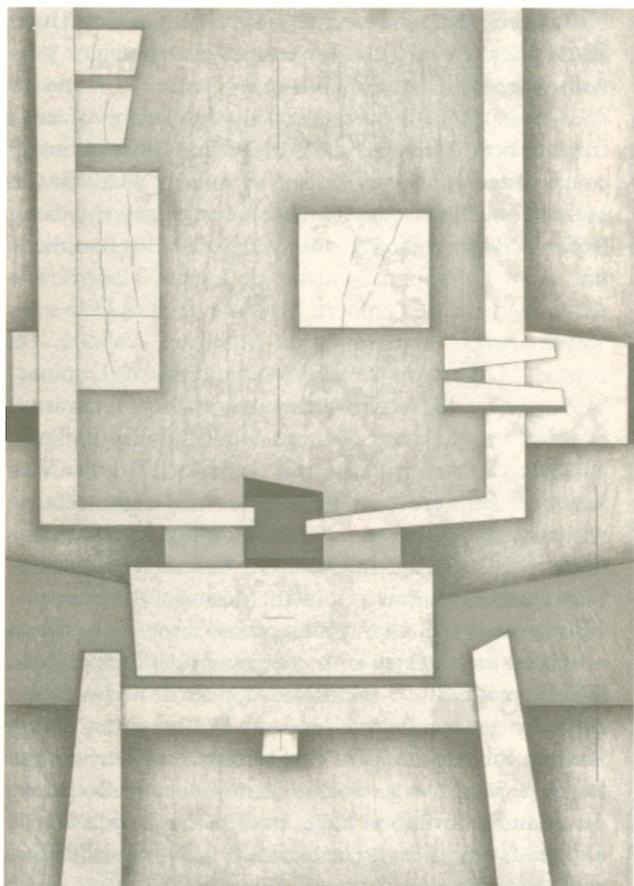
(1645-1655) han sido consideradas como modelos. Thackeray las comparaba con los *Ensayos* de Montaigne y las tenía entre sus libros de cabecera.

La gran tradición de los epistolarios franceses acaso comienza con Malherbe (1628). "En fin, Malherbe vint..."; comprende al primer Balzac, a Voiture, Madame de Maintenon, Guy Patin, Madame de Sévigné, Madame de Sablé, Bussy-Rabutin, Luis XIV, Fénélon, los Benedictinos, Saint-Évremond, Madame de Caylus, Mademoiselle Aissé, Madame de Lambert, Madame de Staal Delaunay, Vauvenargues, el marqués de Mirabeau, Voltaire, De Brosses, Madame du Deffand, Mademoiselle de Lespinasse, Madame d'Épinay, Madame de Necker, el mismo Federico II, el Abate Galiani, Mademoiselle Philipon (Madame Roland), Mirabeau el segundo, la propia Catalina II, el Príncipe de Ligne. A fines del siglo XVIII, se retracta y toma otros cauces: Desmoulin, Napoleón, De Maistre, Courier, Madame de Rémusat, Constant, Lamennais, Lacordaire, Doudan, Mérimée, etcétera.

Todavía los siglos XVII y XVIII presenciaron el auge de la novela en forma epistolar o con recursos epistolares, que sólo citamos a título de curiosidad, pues de hecho escapa a nuestro género: Breton, Madame Dunoyer, Mrs. Aphra Benhan, Richardson, Charlotte Lennox, Smollet, Susanna Rowson, John Davis, Goethe, Fanny Burney, Rousseau, Enos Hitchcock, Robert Bage, etcétera. La declinación de esta moda coincide con la aparición de la novela histórica y gótica.

En nuestra lengua, la literatura epistolar ha sido abundante, aunque hoy por hoy sea proverbial la pereza hispánica en los usos prácticos de la misiva. Hernando del





Pulgar, Cronista de los Reyes Católicos, trae al final de sus *Claros varones* algunas cartas sobre los sucesos de su tiempo, siglo xv. Y al siguiente siglo, son famosas las *Epístolas familiares* de fray Antonio de Guevara, que dan luz sobre la primera parte del reinado de Carlos v. Antonio Pérez (1534-1611), secretario y víctima de Felipe II, que refugiado en Francia influirá de cierto modo en el “preciosismo”, se venga de sus sufrimientos y pasadas penalidades relatándolos desde el destierro en cartas a sus amigos y protectores, y revelando los secretos de la política española a los ministros de Francia e Inglaterra. Sus cartas son modelos de cortesanía y delicado artificio.

Eugenio de Salazar y Alarcón pronto se trasladó a la Nueva España y queda vinculado a los orígenes de la lírica mexicana. Si en México hubiera seguido escribiendo aquellas cartas graciosas y satíricas que antes escribía en España (testigo, la famosa “carta de los catarribas”), tal vez su gallarda prosa hubiera sido de muy saludable efecto en tierras de América. Pero Salazar de Alarcón se nos volvió muy solemne en México. Hacía versos para enumerar los cargos que desempeñaba, y dejó ordenado que sus donosísimas cartas nunca se publicaran, por ser cosa de burla, y que en cambio se recogieran cuidadosamente

sus “puntos de derecho”, de quien nadie se acordará jamás. Aun sus versos los dejó para publicación póstuma, por temor a que se le censurara como indigno de su categoría el haber rimado en “lengua vulgar”.

La Biblioteca Española de Rivadeneyra consagra dos nutridos volúmenes al Epistolario, en el primero de los cuales publica el Centón de Gómez de Cibdarreal y, amén de los autores ya referidos, al bachiller Pedro de Rhua, a fray Francisco Ortiz, al maestro Juan de Ávila, a Antonio de Solís el cronista de la Nueva España, a don Nicolás Antonio, las *Cartas marruecas* del coronel José Cadalso (provocadas al estímulo de las *Cartas persas* de Montesquieu, y acaso también de *Citizen of the World* de Goldsmith; y en el segundo, un puñado de personajes varios, de manera de abarcar un cuadro que va desde mediados del siglo XIII hasta mediados del siglo XIX. A todo esto deben añadirse las cartas que andan publicadas en dicha colección, en los volúmenes consagrados a determinados autores (Santa Teresa, Quevedo, Jovellanos, el padre Islas).

Sin duda entre los modernos descuellan don Juan Valera, de quien muchas cartas se conocen y entiendo que muchas más se ignoran por equivocados escrúpulos de sus herederos, y don Miguel de Unamuno, cuyas cartas ya va siendo tiempo de recoger.

En Hispanoamérica, donde se ha dicho que la historia casi deja inútil a la novela, “tierra de poetas y generales” según Rubén Darío, son escritores de cartas los precursores y héroes de la independencia como San Martín, Miranda, Bolívar, fray Servando Teresa de Mier, o Martí; los estadistas y creadores políticos como Sarmiento, Ramírez, Sierra; los humanistas (Bello, Cuervo, Márquez); los literatos puros (Isaac, Silva, Darío), para sólo nombrar a los primeros que se nos ofrecen. Y, entre todos ellos, dejan una abundante cosecha de cartas que han tentado ya a los investigadores especiales de las diversas repúblicas y que no parecen en vías de agotarse.

No es el objeto de estas notas el trazar puntualmente la historia del género, que sería prolijo y enojoso. Tampoco nos propusimos un análisis sistemático de las varias especies epistolares. Basten estos nombres evocadores y estas observaciones dispersas. Sin el estudio de las cartas, la cultura en general (tesoro espiritual acumulado por las generaciones), la historia, la biografía, las letras, presentan zonas de silencio o, a veces, carecen de explicación. Ellas, como decía el doctor Johnson, nos permiten apreciar los actos en sus motivos, los sistemas en sus elementos. Sin contar con el deleite desinteresado de viajar por estos paisajes interiores del hombre que sólo las cartas nos franquean.

“...desta vuestra amistad,
que en tanto tengo...”

Es fama que, en el siglo XII, Alberic de Monte Cassino, con sus *Breviarium de dictamine* y *Flores rhetorici*, fue el primer manualista en aprovechar los elementos de la retórica para escribir ese par de tratados sobre el arte de escribir cartas. Los estamentos de la vida medieval permitieron extender y complicar el género epistolar en los títulos de cortesía —que precedían a la exposición de temas—, según sexo, parentesco y jerarquía del destinatario hasta convertirlo en materia de manuales y fórmulas, cuyos espacios en blanco podían llenarse según conviniera a las circunstancias,¹ con lo que se encorsetó el arte en la monotonía por falta de originalidad o por exceso de ornamento. Aunque es algo hiperbólico, vale el comentario de J. de Ghellink sobre los excesos de las *ars dictandi* y su “influence nefaste sur l’évolution de la littérature latine. Car au lieu de se contenter des bonnes tradition classique, comme ils faisaient au début, les *Dictadores* ont fait subir à leur art une profonde déviation, en abusant très vite des raffinements de la prose cadencée et des ornements de la rhétorique, *egregiis sententiarum coloribus ornata*, avec la recherche de la prose rimée et du *cursus* sonore..., que on fait voir dans leur production l’heritage de l’asianisme, *asianum tumorem*, au lieu de la sobrieté de la gravité romaine vantée par saint Jérôme, *gravitas sermonis romani*”.² Se perdió también la espontaneidad de la correspondencia práctica, cuyos matices descubrían un individuo íntimo, que no siempre coincidía con el público. Quizá la reacción más espontánea (¿también original?) corresponde a Petrarca, quien después de leer las cartas de Cicerón escribió una reprochándole la poca coincidencia (o incongruencia)

entre ellas y sus obras mayores, luego otra, arrepentido de su reproche.

A la inversa de la oratoria, cuyo desgaste y pérdida anuncian ya Cicerón en el *Bruto* y Tácito en el *Diálogo de los oradores*, asistimos a la historia lineal del género epistolar practicado sin interrupción desde la misiva oral de los cantos homéricos —muy conocida es la que Zeus envía a Poseidón por medio de Iris, mensajera de los dioses (*Iliada*, xv, 159-184) quien, con las variantes necesarias de persona y caso, transmite literalmente lo esencial. Esta forma de comunicación —única que por siglos juntó distancias— se convirtió con el tiempo en acervo histórico de las cancelerías, desde los emperadores godos, que recurrían a secretarios cultos para que les ayudaran en la correspondencia diplomática. Muestra destacada de esa tarea es la *Varia* de Cassiodoro —ministro del mismo Teodorico que condenó a Boecio— cuya elegancia, vasta cultura y tino le permitieron, mientras fue prudente, conservar su *status* y retirarse a tiempo a la vida monástica, pero no menos activa.

El que despacha cartas sin número, elaboradas sobre un patrón común fácil de identificar y despide con alguna fórmula apretada e invariable, quizá no tenga idea de lo que la correspondencia significó por siglos, sin excluir los nuestros. A más de alimentar con frecuencia la literatura, en poesía³ y prosa, las cartas son testimonio de vida de las épocas que registran y no menos del medio intelectual de los correspondientes que, antes y ahora —como prueban las transcritas aquí—, luego de manifestar su interés por las circunstancias del destinatario, solicitan libros, o sus copias, de poesía, retórica, astronomía, medicina, política...,⁴ y se conservaron por interés del

¹ A modo de ejemplo, véanse las cartas de universitarios del siglo XII, que Charles H. Haskins recoge en el primer capítulo de su libro *Studies in Medieval Culture*, Oxford, Clarendon, 1939.

² *L’essor de la littérature latine au XII^e siècle*, Desclès de Brower, Paris, 1946, p. 66.

³ La frase que precede estas líneas es un verso de la “Epístola a Boscán” de Garcilaso.

⁴ Georges Duby reproduce en su *L’An mil*, un par de fragmentos de la correspondencia de Geriberto (ca. 1014), quien intentaba reunir una

que las recibía o de quien las escribía, manera de perpetuar o perpetuarse.

No hay que olvidar las que se escribieron con el propósito explícito de dar al público antes de que fueran parte de la historia o publicarlas para que fuera haciéndose la historia; pienso en las de César y Cicerón, por ejemplo, durante el periodo tenso de la guerra civil (aunque la costumbre de publicar cartas políticas perduró, las que ahora leemos no tienen la misma calidad ¿quizá el mérito? o la intensidad). No se puede prescindir de las –numerosas para la época, no para el propósito o las circunstancias– que escribieron los evangelistas para dar forma y normar el cristianismo primitivo. Tampoco habría que dejar de lado esas cartas en donde se pone a punto cuestiones teológicas (por las épocas de Beda, siglo VII, por ejemplo, el intercambio de correspondencia entre los grupos cristianos para establecer de manera definitiva la fecha de la Pascua), se aclara o se acomoda algún hecho perdido en el tiempo, se reclama el olvido del amigo o se recupera la amistad (las epístolas en buen verso latino de Ausonio y Paulino de Nola),⁵ que se conservan en el volumen enorme de la patrística. Tampoco habría que prescindir de cuanto abarcó el género ejercitado por oradores y poetas: las de Isócrates, por ejemplo, las de Horacio –cuya epístola más ambiciosa, la destinada a los Pisones, convirtió la posteridad en arte poética–; Ovidio, con sus heroidas de ficción, y sus lamentos reales desde el Ponto; las de Cicerón a Ático, Séneca a Lucilio, las de Plinio el joven. Después de recuperar en la biblioteca capitular de Verona las cartas de Cicerón, que tanto lo alteraron, Petrarca decidió –alrededor del cuarto decenio de su siglo– reunir las suyas para publicarlas.⁶ Pero durante el auge de la imprenta –descrito tan a lo vivo por Lucien Febvre⁷ el hábito de

biblioteca: “...sabes con qué ardor busco libros de todas partes; también sabes cuántos copistas encuentra uno en las ciudades y campos de Italia. Ponte, pues, en marcha y, sin decirselo a nadie, de tu bolsillo hazme copiar M. Manilius, *De la astronomía*, Victorinus, *De la retórica*, Demóstenes, *Oftálmica*. Te prometo guardar un silencio inviolable sobre tu fiel servicio y loable cortesía, y me comprometo a devolverte con creces lo que hayas gastado, según tus cálculos y cuando tú lo establezcas...” (trad. I. Agoff, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 37).

⁵ La amistad larga e intereses afines de estos contemporáneos de Agustín y Jerónimo se quebró cuando Paulino de Nola abandonó el fondo, no la forma, de lo que se denomina ahora poesía clásica tardía y se aisló en la mística del primer cristianismo. “Me siento abandonado por el compañero de mis fatigas...”, dice Ausonio en una epístola donde reprocha a Paulino su indiferencia; éste responde, con los versos más sentidos de la poesía epistolar: “Aunque mediara entre nosotros todo el orbe del mundo o una edad eterna, jamás viviré separado en el espíritu. Antes se me escapará la vida el cuerpo que tu rostro de mi pensamiento” (*Poemas*, 11a. ed. y trad. de J. J. Cienfuegos García, Madrid, Gredos, 2005).

⁶ Véase la introducción a las *Familiari, Senili y Variae*, en *Epistole*, Ugo Dotti (ed.), Unione Tipografico-Editrice, Torino, 1983.

⁷ Primer capítulo de *Le probleme de l'incroyance au XVIIe siècle. La religion de Rabelais*.

publicar cartas se desbordó; basta recordar cuántas ¿inspiraron? y precedieron las sucesivas ediciones de la *Utopía* de Moro, las que Erasmo publicó con el ojo puesto en la posteridad, y en el estilo calculado, fino, que esa posteridad –culto, naturalmente, porque las escribía en latín– sabría apreciar. En Inglaterra, si no recuerdo mal, como maestro de los niños tudor, compuso un manualito (*Libellus de conscribendis epistolis*, ca. 1522), reimpresso con frecuencia y con variantes en el título, que encomian su utilidad para el tema: *Liber utilissimus de concribendis epistolis, continens artificium & praecepta in earum compositiones observanda* (1682). Luis Vives escribió también su manual, que junto con el de Erasmo y otros se reproducía en antologías.⁸

No encontré estudios o ensayos sobre cartas que, con intención, jamás se destinaron al público, pero dieron en la imprenta por curiosidad o por cerrar círculos quizá (las inéditas de Bernard Berenson, por ejemplo);⁹ por qué se conservan algunas que en la despedida dicen explícitamente “¿destrúyala, por favor!”, y al cabo del tiempo caen bajo ojos asombrados o incrédulos; tampoco nada sobre las que se mantienen en secreto por algún candado y saldrán a luz cuando hayan dejado de interesar para descubrir que no interesaban en absoluto; menos aún especulación sobre las que se perdieron y cuál pudo ser su contenido o esos, inimaginables para mí, “temas para cartas sin permiso”, que Reyes anota en su diario (enero, 1929).

Peregrino de todos los géneros, Reyes cruzó también por la “Literatura epistolar”;¹⁰ naturalmente, transita por él con detalles (los que faltan, a propósito, en estas páginas), calificando al paso cada colección: son “admirables las *Cartas de relación* de Hernán Cortés..., cuyo tono de charla casera a chorro abierto contrasta con la solemnidad del caso y el estruendo de las armas”; piensa que las de Cicerón conservan su carga de oratoria, acaso prejuzgado más por el “estilo” ciceroniano que por el contenido de las cartas, con frecuencia de tono familiar genuino; que “Plinio el Mozo es siempre algo pedante...”, de lo que no cabe dudar; que Erasmo es “sabio en demasía”, verdad en general, aunque la correspondencia completa muestra ésas en las que la sabiduría da lugar a cartas sin pretensio-

⁸ Francisco Cascales, introduce sus *Cartas filológicas* con una historia de la epístola desde Homero, enumera sus tipos, aconseja sobre dimensiones del material en que deben escribirse y recuenta las que hasta su tiempo (siglo XVII), destacaron en el medio peninsular.

⁹ *The Bernard Berenson treasury: A selection from the works, unpublished writings, letters, diaries, and journals...*, Hanna Kiel (ed.), Nueva York, Simon and Schuster, 1962.

¹⁰ “Pero tengo sobre todo trabado en los puntos de la pluma un ridículo ensayo sobre la literatura epistolar para esas ediciones antológicas de la Casa Jackson (libros por metro, libros como muebles)” (4 de noviembre de 1947).

nes. Advierte también algo que nadie metido en este asunto –a propósito o de manera circunstancial, como en este caso– deja de pensar: “Si ciertas cartas fueron concebidas y templadas para recibir el aire de la posteridad, otras pertenecen honradamente al secreto de las relaciones privadas; y si la curiosidad del investigador histórico o del mero aficionado se atreve algún día a desenterrarlas, la indiscreción puede ser muy útil para la biografía y la historia –en cuya confluencia están las cartas–, pero no deja de merecer el reproche de Hermes contra el que hurga en las intimidades ajenas y, técnicamente es una violación a años vista. Aquí del tacto, aquí del más y el menos, aquí ese matiz sutilísimo... de cierto buen gusto histórico que no todos los historiadores poseen... Que se establezca en buena hora la imagen auténtica de un personaje, el cuadro de una época, merced a todos los documentos que puedan albergarse”. Opina también, y coincido con él, sobre el destino del género, que para esos años se creía en desaparición y para estas fechas, y por obra de los medios electrónicos, se considera casi extinto: “Se ha dicho que el correo moderno, el teléfono, el telégrafo y el periódico han matado el género epistolar, cuando lo que debe decirse es que el género epistolar muda con las condiciones sociales más rápidamente aun que los demás géneros, por su mayor dependencia o apego, por su mayor determinación en el cuadro de costumbres de la época” (OC, t. xxv, pp. 477-489).

Diluido, pero reconocible, se conserva aún, en cartas oficiales, familiares a veces, el sistema establecido por los preceptistas medievales: *salutatio*, *captatio benevolentiae* [exordio], *petitio* [solicitud], *conclusio*. En ésta que copio (26 de agosto de 1950), hecha, por lo que parece, al dictado, se advierten esas partes sin dificultad:

Sr. don Adolfo Ruiz Cortines
Secretario de Gobernación
México, D. F.

Señor Secretario y muy distinguido y fino amigo:

El sabio filólogo Dr. Amado Alonso, que es Director de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* que publicamos en El Colegio de México, que actualmente se encuentra ejerciendo una cátedra en la Universidad de Harvard, ha sido invitado por nosotros para que, en el desarrollo de nuestras labores de cooperación cultural, permanezca un par de meses en México a nuestro lado. Por tratarse de un español de nacimiento nacionalizado hace varios años argentino, muy atentamente ruego a usted, en caso de que lo juzgue aceptable, que se digne usted autorizar a nuestro Cónsul General en New York para que le otorgue el permiso respectivo de ingreso a nuestro país, en la inteligencia de que, dada la urgencia del caso, el Colegio de México agradecería mucho, en caso de aceptación que el despacho se haga telegráficamente por cuenta del mismo.

Dando a usted las gracias de antemano por tan señalado servicio, quedo siempre a sus apreciables órdenes como su afmo. amigo y atto. s.s.

Alfonso Reyes
Presidente

O ésta, en la que Reyes deshace uno de los tantos compromisos que se adquirieron para la revista en sus primeros tiempos mexicanos. En el tomo de 1949 se advierte en las noticias que “Desde el presente número, la *Nueva Revista de Filología Hispánica* está patrocinada por El Colegio de México y por la Universidad de Harvard, la cual, deseosa de fomentar los estudios hispánicos, ha establecido un fondo especial... generosamente iniciado por Mr. George L. Lincoln, ex profesor del departamento de lenguas romances de esa universidad”. Al parecer, el compromiso –quizá también el fondo– languideció y Reyes echó mano, para deshacerlo, de lo que en una carta definió como sus “escamas diplomáticas”; la decisión, es de suponer, ha de haber sido muy meditada y no fácil de tomar:¹¹

México, D. F., 17 de junio de 1952

Dr. James Bryant Conant, Presidente¹²
Harvard University,
Cambridge, Mass.
U.S.A.

Muy respetado señor Presidente:

La lamentable desaparición de nuestro sabio y querido amigo el Dr. Amado Alonso, Director de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que viene publicando de años atrás El Colegio de México con la virtual asociación de la Universidad de Harvard, ha movido a la Junta de Gobierno de dicho Colegio a encargarme que presente a esa ilustre Universidad, por el digno conducto de usted, la conveniencia de suprimir en adelante, en la mencionada revista, el nombre de la Universidad, ya que el único motivo de que disfrutásemos de este honroso

¹¹ Aunque el comentario de Américo Castro pudo ser excepción, porque todo el consejo de redacción de la *RFH* se plegó sin renuencias a los cambios que tuvo la revista, no deja de ser síntoma, o muestra, de lo que significaba prescindir de Harvard. En copia de la carta que Reyes envió a Castro –sin fecha, pero del mismo año por el lugar que ocupa en el archivo– dice: “Pues, ¿no declaró usted paladinamente que, si se quitaba el nombre de la Universidad de Harvard de la *NRFH*, usted también suprimiría el suyo, pues no le interesaba aparecer como colaborador de una mera revista hispanoamericana?”

¹² 1893-1978. Químico y diplomático estadounidense, presidente de Harvard 1933-1953, autor de *Chemistry of organic compounds. A year's course in organic chemistry* (1947); *Modern science and modern man* (1952); *On understanding science. A historical approach* (1951).

privilegio era la circunstancia de ser el Dr. Amado Alonso un profesor de aquella Casa, y ya que conservar este nombre sin duda crearía algunas obligaciones inútiles a la Universidad de Harvard. La revista quedará en adelante bajo la dirección del Prof. Raimundo Lida.

Siempre será para nosotros un orgullo el que nuestras dos instituciones se hayan asociado algún día, siquiera nominalmente, y muy especialmente ello ha sido grato para mí, por lo mismo que la Universidad de Harvard me cuenta entre los suyos, desde 1942, en condición de Doctor en Letras, *Honoris Causa*. La Junta de Gobierno del Colegio de México se atreve sólo a presentar esta cuestión ante usted por considerarse obligada a desligar a la Universidad de Harvard de su anterior y benévolo compromiso.

Aprovecho esta ocasión para ofrecer a usted, Señor Presidente, con los mejores recuerdos de mi estancia en Cambridge hace diez años (cuando disfruté de la incomparable hospitalidad y cortesía de esa Casa de Estudios), las expresiones de mi constante amistad y mi consideración más distinguida.

El Presidente de la Junta de Gobierno
de El Colegio de México
Alfonso Reyes

A pesar de su participación, activa y prolífica en el ambiente de las letras, al parecer, los años en Buenos Aires fueron duros para Reyes; en una entrada de su diario (julio, 1929) anota: "Nunca comprenderá nadie hasta qué punto estos años de Buenos Aires van siendo para mí —en todos los órdenes— una escuela de sufrimiento, paciencia, tristeza, aburrimiento y penuria material. ¡Mil veces mejores mis peores instantes de dolor y pobreza en mis días heroicos y claros de Madrid!"¹³ Más abundantes son sus comentarios seis meses después: "Peores cada vez mis impresiones del ambiente literario argentino, donde a nadie le importa la literatura sino la politiquilla literaria de los grupos o *patotas*, y donde los individuos de los grupos se traicionan entre sí constantemente. A la realidad sustituyen un fantasma de murmuraciones. Muy raro todo. Quédense solos y arréglense solos. Yo, para mí coleccionado, he decidido alejarme prácticamente y vivir con la mente en otra parte. Y no es queja contra 'personas': sería ingrato.// Larga carta a José Ortega y Gasset comentándole la historia de mis peripecias en el mundo literario argentino. A él le debo explicaciones para que no me crea ligado con miserables campañas. A Evar Méndez, carta entregándole los *Cuadernos del Plata* que ya no quiero dirigir. A Bernárdez, carta enviándole lo que tengo de *Libra*, que ya no quiero guardar, y pidiéndole me devuel-

¹³ Serán quizá los años a que alude Henríquez Ureña en su artículo sobre Reyes de 1927: "...pudo pasar en Madrid a ser uno de los obreros del taller del Centro de Estudios Históricos y la *Revista de Filología Española* bajo la mano sabia de Menéndez Pidal, junto al cordial estímulo y la ejemplar disciplina de Américo Castro y Navarro Tomás".

va Elena Cid, aún sin los dibujos, mi ms. de *Otra voz*. Ya no quiero publicar aquí. Me quiero desligar de todos. La conversación con Glusber la otra tarde acabó de abrirme los ojos". Desde Río, en carta del 22 de mayo, 1930, se repite el comentario: importan las personas, no el medio.

La correspondencia empezó durante la misión diplomática de Reyes en Buenos Aires (1927), continuó, escasos tres años después, desde Río, se prolongó en los años de La Casa de España y la fundación de El Colegio, la desaparición del Instituto de Filología, el traslado de Amado Alonso a Harvard, la *Revista de Filología Hispánica* a México y El Colegio. Predomina en ella lo literario —rozando apenas lo académico—, que se combina con lo social, lo cotidiano y, llegado el momento, lo político. Con todos los matices que se encuentran en estas cartas, y describo en seguida en cuanto a lo que podría ser de bulto, la secuencia de años y cartas parece haber tenido un destino: los cambios que la política provocó en la academia y las soluciones —perdurables aún con los avatares de tiempo y espacio— a esos conflictos.

A más de intereses literarios personales o compartidos, quehacer natural y diario para ambos en muchos sentidos, no falta el individuo íntimo, la confianza que se desliza en una que otra frase, lo familiar aludido casi siempre, por verdadero interés y por cortesía; se advierte la escritura menos alerta, más suelta, sin caer en el descuido. Por lo demás, un conteo no muy meticuloso, innecesario aquí, permite seguir el ritmo de las publicaciones de Reyes y Alonso en ese periodo. A veces el comentario sencillo, tres o cuatro palabras de reconocimiento; otras, observaciones más al punto que provocan reacción (véase la de Reyes, 22 de septiembre, 1930) algo airada, a la que sigue, sin tono marcado, una disculpa de Alonso por el juicio que pudo ser, inadvertido, algo precipitado (noviembre del mismo año). Cuando Alonso compara la narrativa de Reyes con sus ensayos, opta, sin muchos preámbulos, por la primera, aunque Reyes opina que se expresa mejor en el segundo: "Esa es su idea de siempre; no hay más que ver la obra hecha. Pero los ensayos de usted nunca van a ser usted. En los ensayos usted se deja llevar por el interés más apasionante en su vida: el estético. En todos sus ensayos, el interés es casi exclusivamente estético. ¿Y por qué no?"

Primero: de una obra personal pedimos que nos dé expresada la visión del mundo que usted tiene o bien una visión del mundo que forja (Guzmán de Alfarache). Es un cuadro. Y usted nos da en sus ensayos vigorosamente marcada la línea de sus intereses estéticos, pero casi borradas del todo las demás líneas, masas, sombras, luces, colores, que hacen el cuadro de su visión del mundo. Por eso puede ser perfecta cada página que usted ha escrito; usted ha logrado expresar aquello con todo éxito artístico, pero aunque aquello es de usted, no es de usted más

que [lo] que articula con otras tantas aventuras espirituales de otros órdenes que usted vive. Todas esas no encajan en el tono de sus ensayos”.

Las cartas frecuentes sobre González de Eslava, culminaron en un artículo biográfico para la *RFH*, por su extensión (más de cien páginas) único que compone el tercer cuaderno de 1940; si se tiene en cuenta el formato de la revista, también podría haber sido un libro en cuarto de volumen regular. Meticuloso, denso a veces, el artículo no es de lectura fácil por la cantidad de información, asociaciones filológicas e históricas, testimonios documentales. A solicitud de Reyes, O’Gorman enumeró en su respuesta las soluciones (y las que no) que encontró para Alonso.

Entre 1939-1940, se cambian impresiones sobre un proyecto de A. Alonso “vida y obra de...” que incluiría la obra de los lingüistas y filólogos destacados e innovadores hasta entonces más escritores españoles y americanos desde la Colonia, a cargo, por algunas alusiones, de la editorial Losada; no tengo datos de que se haya hecho concreto o, por lo menos, se haya puesto en práctica según se planeaba en esos años, pero valen la pena los comentarios sobre a quién pedir que se ocupara sobre qué.

Hay en la correspondencia, que se interrumpe en 1943 y reanuda en 1947, no pocos vacíos (cabría decir vacíos frecuentes) explicables por ese destino natural de las cartas, perderse, trasapelarse, quedar archivadas en algún sitio inadvertido. En la primera carta de 1947, está ya en crisis el Instituto de Filología, buena parte de su facultad busca refugio en el exilio y hay necesidad urgente de trasladar la *Revista de Filología Hispánica*, que dice Alonso en una carta muy anterior absorbía toda su energía. La correspondencia, siempre urgida, de esa época, no puede compararse con otra, mucho más conocida que ésta, también sostenida por la urgencia y la crisis, entre Marc Bloch y Lucien Febvre, la de los *Annales d’Histoire Économique et Sociale*, en constante peligro durante la última guerra mundial, recogida en tres tomos bien nutridos. No por su brevedad dejó de ser ésta una crisis mayor, alentada por el sinsentido de la ignorancia y el poder absoluto.

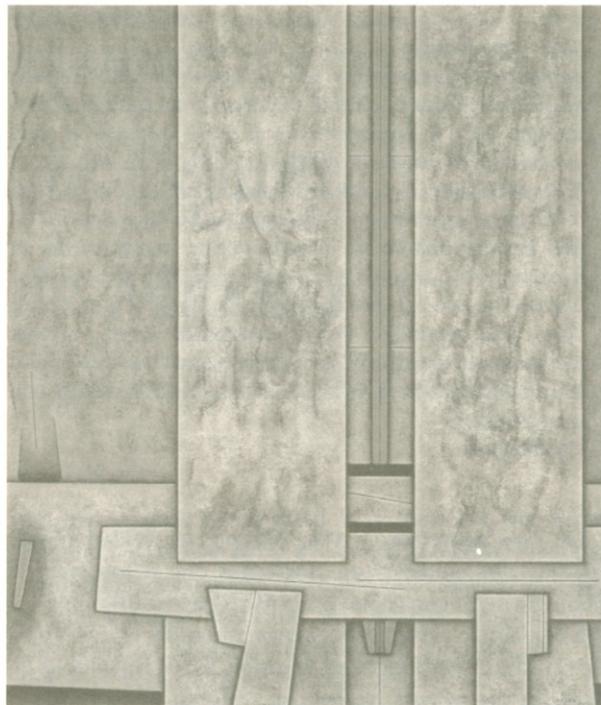
Mejor que cualquier explicación es una carta (enero de 1947) a Cosío Villegas, en la que Alonso expone los planes para recuperar algo de lo perdido en gente y proyectos, síntesis de lo que en esos momentos de incertidumbre se veía como posible (las cursivas son del original).

4. I. 47

S. D. Daniel Cosío Villegas

Querido Daniel:

Hoy le ha puesto Alfonso un telegrama sobre nuestros proyectos. Entre rodeos y vagas palabras, he entendido que la Rockefeller se interesa por una escuela de graduados, lo que me parece muy importante, pero no necesariamente concretado



con un Instituto de Filología, que sería de investigación. El Instituto ha adquirido en estos 20 años mucho renombre y Berrien y Stevens querían para su escuela de graduados el refuerzo que de tal renombre podría venir. También me parece bien, pero, si no he entendido mal, sólo apoyarían la escuela de graduados, y al Instituto si estuviera dentro de la escuela. Me parece que las cosas se han aclarado con esto, y debemos estar contentos de que se hayan aclarado pronto. Ahora bien: mientras se organiza esa escuela, y sin depender de que se organice o no, Alfonso piensa que se puede echar a andar el embrión de Instituto, dentro del Colegio de México, como un centro de investigación. He redactado un memorandum que Berrien está copiando, y cuyos puntos principales son estos:

1. Lida, R. está dispuesto a venir en cualquier momento; Morínigo pasará antes un año en U.S. estudiando lenguas americanas.
2. Con la presencia de Lida en México echaríamos a andar en seguida la *Revista de Filología Hispánica* (ahora *RHF* *invirtiendo*). La *RHF* ya pagaba sus gastos con la venta y las suscripciones. Además, ahorra por canje la suscripción a todas las revistas necesarias, y recibe los libros de oficio para reseñar. Posiblemente se necesite una ayuda inicial. Son 4 cuadernos de 106 págs.
3. Cuando vaya Morínigo, empezaremos una obra importantísima y no *muy* larga: *Diccionario de los indigenismos americanos en el español* (y en las otras lenguas europeas). Papeletizando crónicas, relaciones, libros de América y sobre América. Vocabularios, gramáticas indígenas, lit. esp., Diccs. académicos, etc. etc. (el plan sería un poco largo de contar; sólo fuentes impresas). El material iría dando motivo a monografías como la de Pedro H. U. sobre *papa y batata* o

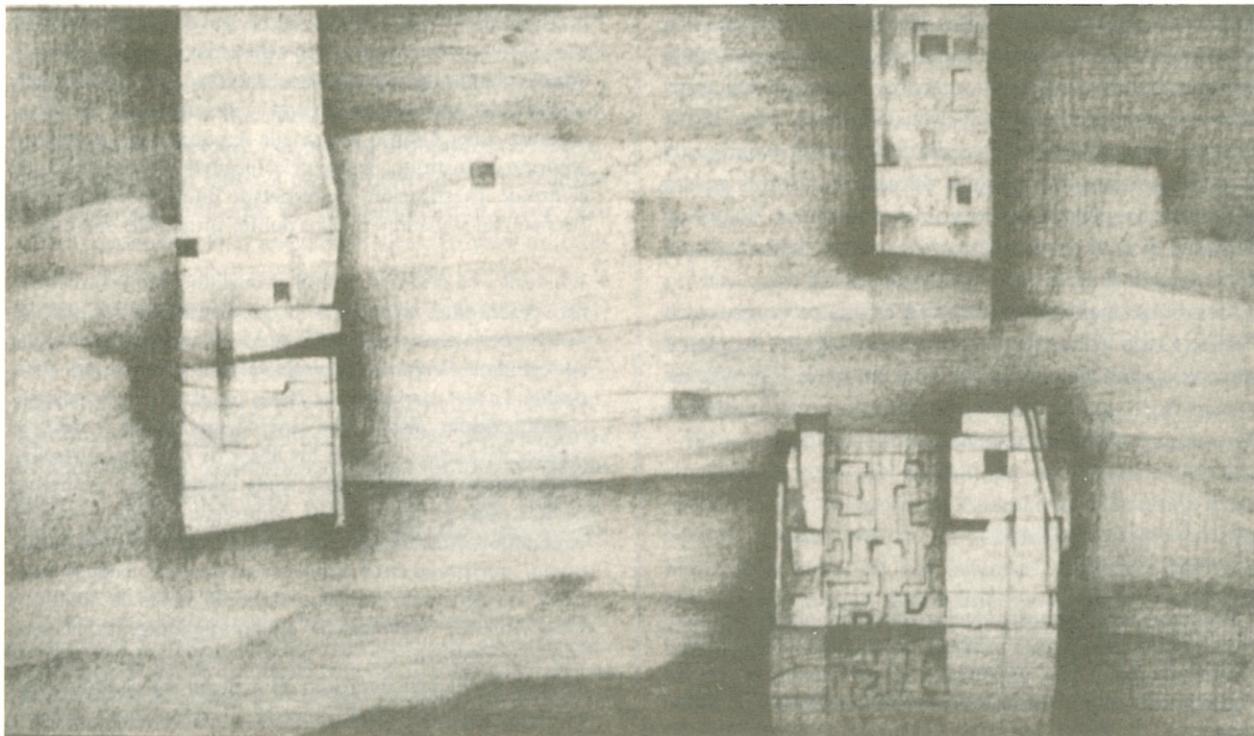
la de un profesor yanqui sobre *jícara*; sería de primer orden para hacer filólogos mexicanos. Morínigo, paraguayo, ya ha estudiado los guaranismos, pero no históricamente (fecha de aparición, extensión, cambio de forma y de significado, fraseología, etc.). 4. *Trasladaríamos al nuevo Instituto las obras que tenemos en marcha los del viejo* (de Lida, Frida Weber, etc.) 5. *Trasladaríamos el proyecto de reeditar con estudio las cinco o seis obras maestras de la filología clásica española, una de ellas la Ortografía de M. Alemán, que ya tienen ustedes en marcha, pero que ganaría en importancia con la compañía. Harvard no está tan lejos de México. Yo dirigiría la RHF, haría viajes. Lida, Morínigo y yo promoveríamos entrenar jóvenes mexicanos en esta disciplina. Y desde ahora atraeríamos a los Garcidueñas que haya. Ya le mandaré ese memorandum; esto es un anticipo.*

Un abrazo de

Amado Alonso

De esos proyectos, y a su tiempo, se concretaron la revista —que empezó con cuadernos que el Instituto de Filología de Buenos Aires tenía listos para la imprenta—, y esa escuela de graduados, apenas esbozada, en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Es historia que se ha contado con alguna frecuencia; Antonio Alatorre habló de ella en algunas pláticas y conferencias, la resumió en el prólogo al índice del material acumulado en la *NRFH* entre 1947 y 1996, y en el de la gran antología de artículos destacados contenidos en la revista durante cinco decenios de publicación sin interrupciones. Describí los avatares

del primer cuaderno publicado por El Colegio en “*Criatura migratoria* (*NRFH*, 1, 1947, núm. 1)”, tomo cincuenta de la revista (pp. 393-404), del que copio el último párrafo: “Cuando Alonso decidió dar por terminada la *RHF*, corría el riesgo de acabar con todo; tenía en sus manos algo muy frágil, porque era inevitable terminar con una revista cuando el perfil de la siguiente no se dibujaba aún con nitidez. Pero no correr ese riesgo habría significado dar razón a los que terminaron con su revista y el Instituto. Golpear, pues, no con el mismo hierro, pero no con menos fuerza. Hubo, qué dudar, coincidencias favorecedoras: la larga amistad con Alfonso Reyes, más la institución que se abría paso con un estilo nada común. En 1951, invitado a colaborar en el cuarto centenario de la Universidad Nacional de San Marcos de Lima, Reyes envió un breve artículo en el que describe El Colegio y sus actividades: «Siempre que hace falta, el Colegio se asocia gustosamente a cualquiera institución para llevar a buen término cualquier programa de cultura... A objeto de evitar intolerables recomendaciones venidas de campos extraños, y de desalentar ambiciones de mero incentivo vanidoso, el Colegio no acostumbra publicar folletos de propaganda; trabaja en silencio, en cenobio. Se evitan solemnidades ociosas, pues el estado de civilización no requiere nunca un ceremonial excesivo. El buen entendimiento preside las labores de esta modestísima casa»”.



*De La Casa de España a El Colegio de México**

Comienzo mi intervención subrayando que para El Colegio de México es un honor y un gusto que don José Luis Rodríguez Zapatero visite nuestro país. Ahora permítaseme compartir con ustedes una historia que seguramente les interesará.

Corría el año de 1936 cuando en España estalló la Guerra Civil, por lo que la educación, la investigación científica y la cultura se vieron seriamente amenazadas. A su vez, en México gobernaba el general Lázaro Cárdenas, cuya administración se caracterizaba por su progresismo ideológico y su radicalismo social.

Nuestro encargado de negocios en Portugal, Daniel Cosío Villegas, pensó que México podría dar asilo a algunos de los principales intelectuales españoles, para que continuaran su labor mientras concluía favorablemente el conflicto. Deseaba que México se prestigiara con esa lección internacional de humanitarismo, pero también el astuto Cosío Villegas introdujo un aspecto utilitario a su propuesta: aseguró que de llegar tales intelectuales al país, “ayudarían a levantar el nivel de nuestra cultura”.

El presidente Cárdenas, estadista pragmático, inmediatamente hizo suya la idea. Al pasar de sugerencia de un intelectual-diplomático a decisión presidencial, la propuesta se hizo factible, pues sólo una invitación presidencial generaría certidumbre entre los intelectuales españoles seleccionados. El aval de Cárdenas se obtuvo a finales de 1936, y Cosío Villegas dedicó los siguientes meses a resolver los aspectos concretos, como elaborar la lista de los intelectuales seleccionados, hacerles llegar la invitación, arreglar el traslado y conseguir su acomodo en México. El proceso no fue fácil. Las mayores dificultades fueron la

falta de recursos económicos; la elaboración, tras varias versiones, de la lista definitiva de los invitados; las dudas de algunos intelectuales españoles, que consideraron que aceptar la oferta mexicana sería desertar de la lucha, y convencer al gobierno republicano de prescindir de hombres destacados que podían rendirle buenos servicios en los ámbitos político, diplomático y cultural. El proceso de gestación duró casi dos años, pues hasta julio de 1938 se emitió el decreto que creaba La Casa de España en México, “para que sirva de centro de reunión y de trabajo a los hasta ahora invitados”.

En el anuncio de creación se especificó que también se integrarían a ella tres intelectuales españoles que ya habían llegado a México: el poeta León Felipe, el historiador y crítico de arte José Moreno Villa y el jurista Luis Recaséns Siches. Sin contar a estos tres, el primero en arribar a México fue José Gaos, profesor de filosofía y rector de la Universidad de Madrid hasta finales de 1936; luego llegó Enrique Díez-Canedo, el mejor especialista que había en España en literatura latinoamericana. Más tarde lo hicieron el crítico de arte Juan de la Encina, director del Museo de Arte Moderno; el psiquiatra Gonzalo R. Lafora, cuya disciplina era poco conocida en México; el musicólogo Jesús Bal y Gay; el médico Isaac Costero, y el bibliógrafo canario, gran latinista, Agustín Millares Carlo. Comprensiblemente, no llegaron todos los que habían sido invitados por el gobierno mexicano, y otros, como el filósofo Joaquín Xirau y el musicólogo Adolfo Salazar, llegarían posteriormente.

La Casa de España carecía de estudiantes y de instalaciones propias, por lo que al principio los recién llegados

* Discurso leído durante la ceremonia –16 de julio del 2007– de entrega de la medalla Isidro Fabela al señor don José Luis Rodríguez Zapatero, presidente del gobierno de España, otorgada por la Facultad de Derecho de la UNAM. En el presidium estaban, además de don José Luis Rodríguez Zapatero, don Miguel Ángel Moratinos Cuyaubé, ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación del gobierno español; la licenciada Patricia Espinosa Cantellano, secretaria de Relaciones Exteriores de México y distinguida egresada de nuestra institución; don Carmelo Angulo, embajador de España en México; el licenciado Jorge Zermeño Infante, embajador de México en España, y el doctor Juan Ramón de la Fuente, rector de la UNAM.

comenzaron a impartir conferencias y cursos breves en la Universidad Nacional y en instituciones educativas de provincia, como la Universidad Nicolaita, en Morelia, y las universidades de Guadalajara y Guanajuato. Como era previsible por su calidad intelectual, el resultado fue muy exitoso. Sin embargo, pronto se hizo necesario cierto tipo de estabilidad, directriz y coordinación. Para ello se rentaron dos despachos al Fondo de Cultura Económica, lo que varios aprovecharon para trabajar en la admirable editorial, y se nombró como presidente de La Casa a Alfonso Reyes, por entonces representante mexicano en Brasil.

La designación de Reyes no podía ser más atinada: además de que era uno de los mayores intelectuales del país, tenía una cultura que trascendía los recelos nacionalistas del México posrevolucionario: conocía las literaturas española, francesa y sudamericana; conocía la literatura clásica. En pocas palabras, era el mexicano de cultura "occidental" más honda y cabal. Lo más importante era que personalmente conocía a muchos de aquellos españoles desde sus largos años de estancia en Madrid, entre 1914 y 1924, cuando allí vivió exiliado a causa de la Revolución Mexicana. Así, pudo pagar la deuda moral que tenía con varios de los que lo habían ayudado a sobrevivir y sobrellevar su propio exilio.

Muy pronto Reyes y La Casa de España tuvieron que enfrentar un grave problema: la derrota definitiva del bando republicano, a principios de 1939, hizo que la selectiva invitación a pocos intelectuales se transformara en una urgente respuesta a una forzada y cuantiosa emigración. La decena original de integrantes vio multiplicar sus dimensiones. No sólo llegaron hombres: también

arribó una mujer, de cuerpo frágil pero de pensamiento fuerte, María Zambrano.

La Casa de España pronto se vería rebasada, obligada a modificar su diseño original. En efecto, la derrota republicana obligó a nuevas y mayores pruebas de humanitarismo, al tiempo que complicó el proceso de selección, pues era mucho mayor el número de intelectuales españoles deseosos de trasladarse a México que la capacidad de este país para aprovecharlos debidamente; también se complicó el proceso de invitación y traslado, pues muchos tuvieron que ser ubicados y rescatados de campamentos de concentración en Francia, lo que imponía la negociación con el gobierno francés; es más, otros tuvieron que ser buscados desde Inglaterra hasta el norte de África.

Ante la perspectiva de una permanencia prolongada y numerosa, La Casa de España procedió a redefinir su naturaleza, estructura y finalidades. Además, para la segunda mitad de 1939 no sólo habían cambiado las condiciones en España, sino que se acercaba el final de la presidencia de Lázaro Cárdenas, avizorándose un cambio en la orientación política nacional, con el declive del espíritu reformista. Reyes y Cosío Villegas propusieron que la institución pasara de lugar de refugio temporal a centro permanente que incorporara a investigadores mexicanos y que iniciara algunos programas docentes, obligándose a cambiar hasta de nombre.

El proceso de transformación se prolongó casi un año, quedando constituido El Colegio de México en octubre de 1940, con una organización más institucional y menos familiar. Por razones presupuestales y organizativas, sólo permanecieron en El Colegio los humanistas y los científ-





ficos sociales, por lo que los dedicados a las llamadas ciencias “duras” pasaron a la Universidad Nacional, al Instituto Politécnico Nacional o al sistema hospitalario del país.

El nuevo Colegio debía encontrar un sitio propio en la educación superior mexicana. Atinadamente, no se constituyó como una institución universitaria típica sino que optó por convertirse en una escuela que sólo ofreciera posgrados y en la que su personal pudiera dedicarse más a la investigación que a la docencia. Se buscó crear una institución complementaria. Con todo, la transformación no acabó con sus ideales originales, y pudo seguir siendo una institución pequeña y de gran calidad.

Comprensiblemente, con el tiempo El Colegio de México atravesó por varios cambios. Para comenzar, murieron varios de los exiliados, como Díez-Canedo, Ramón Iglesia, Xirau, Eugenio Ímaz y Rafael Altamira. También murió Alfonso Reyes —en diciembre de 1959—, siendo sustituido por Cosío Villegas, quien le impregnó a

la institución nuevos derroteros y nuevas atmósferas. A partir de los años sesenta El Colegio comenzó a crecer. En términos demográficos su mexicanización llegaría pronto a ser mayoritaria, si bien algunos exiliados que llegaron adolescentes a México serían con el tiempo alumnos o profesores de la institución: valgan como ejemplo Carlos Bosh o Rafael y Tomás Segovia, respectivamente. Perdóneseme que cite a varias personas, pero El Colegio de México es una pequeña comunidad conformada por miembros con nombre y obra. Así, también serían profesores o alumnos muchos hijos de exiliados, como Carlos Rocés, hijo de don Wenceslao Rocés, el célebre traductor de Marx, y como Carlos Marichal, hijo y nieto de exiliados, del historiador Juan Marichal y del poeta Pedro Salinas. Asimismo, hoy forman parte de El Colegio varios nietos y hasta bisnietos de refugiados. Aunque cada vez más distantes los orígenes, El Colegio siempre tendrá miembros procedentes del exilio, pues las familias des-

endientes de los refugiados saben que El Colegio es una institución básicamente suya.

Origen es destino. En El Colegio siguen rigiendo los principios con los que fue creado. Su espíritu sigue siendo republicano: es contrario a los boatos y las ceremonias; en él sigue dominando el sentido de comunidad, pues no se ha caído en una meritocracia excesiva. Sobre todo, España sigue siendo uno de nuestros principales tópicos de estudio: su historia, su literatura, su política y su transición a la democracia han predominado entre nuestros intereses académicos. Tenemos muchos y viejos vínculos con la academia española, y somos reconocidos por ella, al grado de habérsenos concedido el Premio Príncipe de Asturias en el año 2001.

Sr. don José Luis Rodríguez Zapatero, presidente del gobierno de España; destacados miembros del presidium; señoras y señores:

Acaso la mejor manera de confirmar que La Casa de España y El Colegio de México fueron creados por aquellos intelectuales españoles a los que una guerra inicia les impidió cumplir su vocación de investigar y trabajar en su tierra, de enseñar y formar a *sus* jóvenes, sea recordando una poesía escrita por uno de aquellos españoles que fue obligado a hacer su vida en México. El mensaje de la poesía es que España perdió casi por completo una generación de intelectuales, por cierto una de las mejores de su historia, la de la llamada "Edad de Plata", y que a México se la regaló el mar, si bien tuvo que darle el puerto adecuado. Dicho puerto fue tan adecuado, que salvo dolorosísi-

mas excepciones, aquellos españoles, como bien lo dijera José Gaos, en México no fueron ni exiliados ni refugiados, sino simplemente "transterrados".

La poesía dice así:

Aquí llegaron
Hombres sabios, buenos
desnudos de todo
sólo ricos de alma
de estudio y pensamiento

De allá, de la mar
navegando penas vinieron

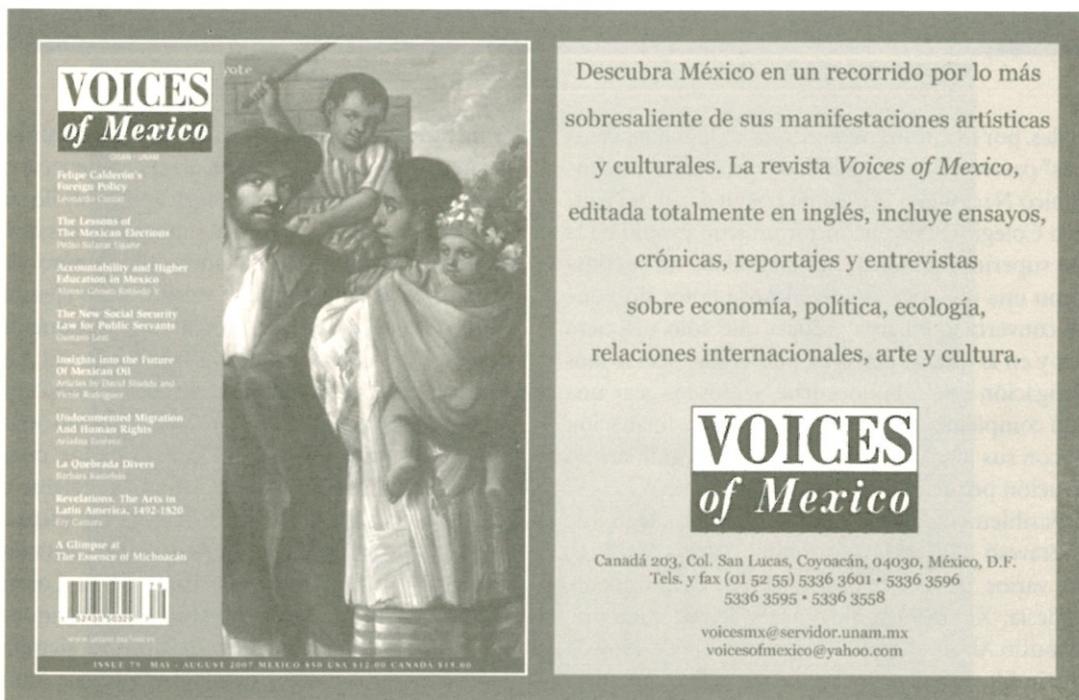
Otros, aquí nacidos
también sabios, buenos
con humana hermandad

Abriéndoles los brazos
les dijeron:

"Quedaos,
convivid con nosotros
esta es vuestra casa
vuestro pan y vuestro huerto".

Así surgió
generosidad, alma y vuelo

La Casa de España
luego Colegio de México



VOICES
of Mexico

July 2007

Felipe Calderón's
Foreign Policy
Luisa María López

The Lessons of
The Mexican Elections
Pablo Solari López

Accountability and Higher
Education in Mexico
Alfonso Carrón Salazar y

The New Social Security
Law for Public Servants
Guillermo León

Insights into the Future
Of Mexican Oil
Articles by David Shields and
Victor Rodríguez

Undocumented Migration
And Human Rights
Arjuna Kottarathil

La Quebrada Divers
Barbara Kaufman

Revelations: The Arts in
Latin America, 1492-1820
Pío Colares

A Glimpse at
The Essence of Michoacán

ISSN: 74 MAY - AUGUST 2007 MEXICO \$10 USA \$12.00 CANADA \$14.00

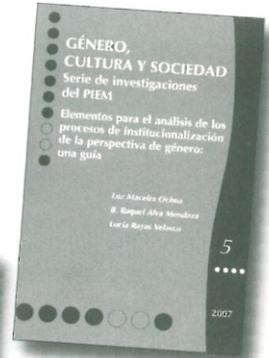
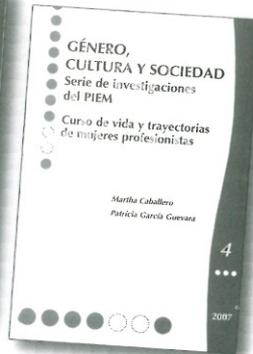
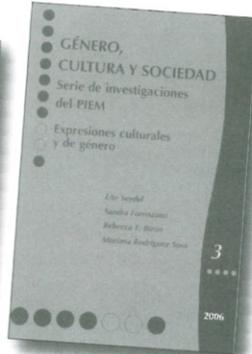
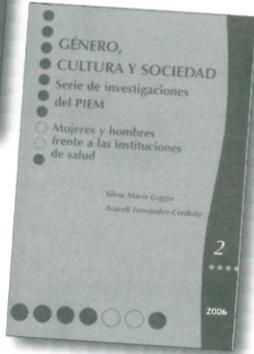
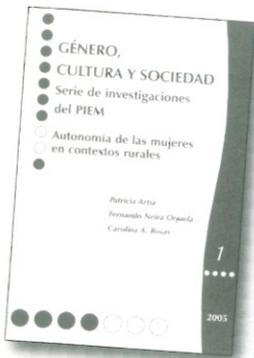
Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología, relaciones internacionales, arte y cultura.

VOICES
of Mexico

Canadá 203, Col. San Lucas, Coyoacán, 04030, México, D.F.
Tels. y fax (01 52 55) 5336 3601 • 5336 3596
5336 3595 • 5336 3558

voicesmx@servidor.unam.mx
voicesofmexico@yahoo.com

NOVEDADES



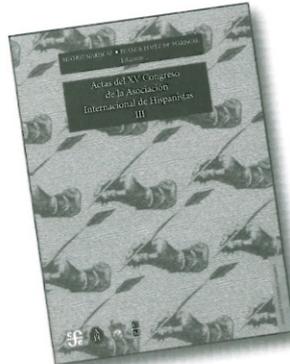
EL COLEGIO
DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.

Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295

Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

NOVEDADES



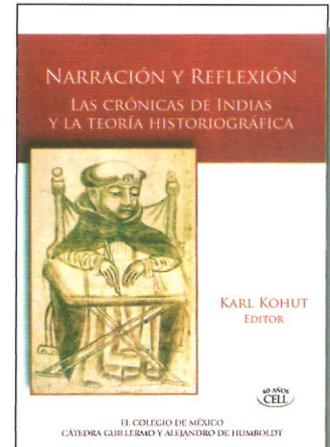
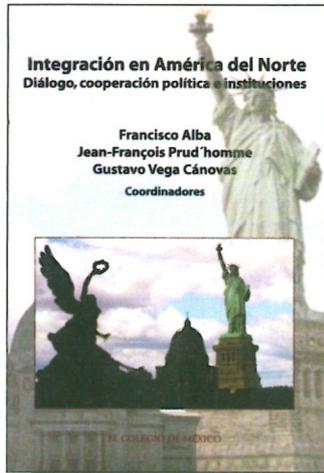
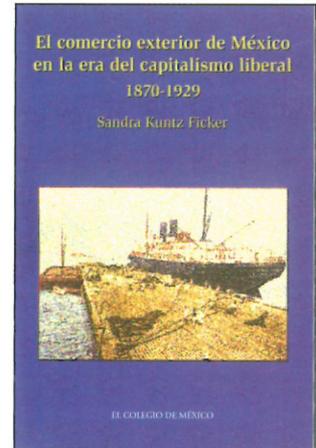
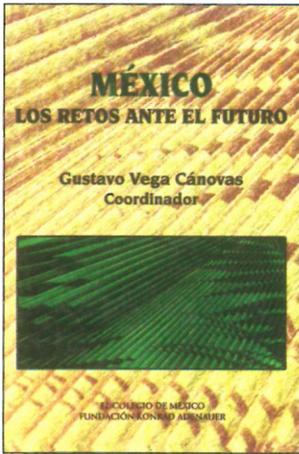
EL COLEGIO
DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.

Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295

Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

NOVEDADES



El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx

